



UNIVERSIDAD  
DE LA REPÚBLICA  
URUGUAY



Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Pubertad, de la metamorfosis corporal (predominio de lo Real).

Agustina Frey Fontes C.I: 4905725-8

Montevideo, octubre 2024

Tutor: As. Dra. Verónica Pérez Horvath

Revisor: Prof. Adj. Octavio Carrasco Huerta

## Contenido

1. Introducción.....	2
2.1 La adolescencia como moratoria social.....	3
2.2 Diferencias y similitudes entre la pubertad y la adolescencia.....	4
2.3 Para este trabajo.....	8
3. La Pubertad en Freud y aportaciones claves desde Lacan.....	8
3.1 La Metamorfosis de la Pubertad en Freud y aportaciones desde el psicoanálisis.....	8
3.2 El Fallo y la Organización Sexual: De la Infancia a la Pubertad y los Primeros Pasos hacia la Aduldez.....	9
3.3 La Pubertad como Tiempo de Espera: La Metáfora del Túnel.....	12
3.4 Freud y su reflexión sobre la psicología del colegial.....	17
3.5 El Caso de Emma y su Fobia.....	19
4. El Cuerpo, la Pulsión y el Goce y en la Pubertad.....	22
4.1 El cuerpo en Freud.....	22
4.2. La pulsión en Freud y Lacan.....	22
4.2.1 La pulsión y la relación con el Otro.....	26
4.3 El cuerpo según Lacan.....	27
4.4. El cuerpo en la pubertad: La metamorfosis y lo Real.....	27
4.5. El concepto de goce en Lacan.....	30
5. Juventud de Gide o la letra y el deseo.....	31
5.1 Otras Influencias en la Formación de André Gide: Escenas y Encuentros Decisivos.....	34
5.1.1 Los sollozos de las sirvientas.....	34
5.1.2 La escena de seducción como punto de inflexión.....	35
5.1.3 La reacción del tío Charles.....	35
5.1.4 Amor embalsamado.....	36
5.2 El Deseo, la Perversión y la Melancolía en Gide.....	38
6. Goce clandestino y el despertar del deseo en la pubertad: a partir de un cuento de Clarice Lispector.....	39
7. Tiempo de concluir.....	44
Referencias.....	48

## 1. Introducción

En este trabajo se analizará la pubertad como un proceso de transformación tanto corporal como psíquica, en el cual la irrupción de lo Real desempeña un papel fundamental. Desde una perspectiva psicoanalítica, se explorarán los aportes de Sigmund Freud y Jacques Lacan, centrándonos en nociones clave como el cuerpo, la pulsión y el goce. Este enfoque busca ofrecer una comprensión más profunda de los desafíos que enfrentan los sujetos durante la pubertad, destacando cómo este proceso implica atravesar duelos y resignificaciones que impulsan la búsqueda de un nuevo lugar en la estructura simbólica y en la relación con los otros.

A lo largo del trabajo, se utilizan cuentos, casos clínicos, anécdotas y obras biográficas como recursos clínicos para abordar las complejas dinámicas que atraviesan los sujetos durante la pubertad. Entre estos destacan el análisis de Freud (1895/1976) sobre el caso de Emma y su reflexión sobre la psicología del colegial (1914/1976), que ofrece una perspectiva íntima de la influencia de las figuras de autoridad en el desarrollo psíquico adolescente. También se incluye el análisis de Lacan (2012) sobre la vida de André Gide, junto con la analogía de Calligaris (2000) sobre la adolescencia y un relato de Clarice Lispector sobre el despertar del deseo en la juventud. Estos recursos enriquecen la comprensión de las metamorfosis que atraviesan los sujetos púberes.

Freud (1910/1976) reconoce el valor de las obras artísticas para el psicoanálisis, al considerar que los poetas, gracias a su sensibilidad y capacidad para develar lo inconsciente, logran capturar de manera única las emociones humanas. Sin embargo, advierte que los artistas tienden a moldear la realidad para generar placer estético, lo cual puede limitar la precisión en la representación de los procesos psíquicos. Mientras la poesía explora las emociones con profundidad, Freud subraya que la ciencia debe hacerlo con un enfoque más riguroso, manteniéndose al margen del principio de placer y buscando una comprensión más detallada de la vida psíquica. De este modo, el estudio científico del amor complementa la visión poética, abordando aspectos que esta no logra abarcar por completo. Como señala Pérez (2016), Freud ya desde 1908 exploraba la conexión entre la creación literaria y la vida psíquica, vinculándola con el juego infantil, los sueños y las ensoñaciones.

Para Pérez (2016), la noción de "metáfora" en Lacan se refiere a un proceso en el que el escritor convierte lo difícil de representar (lo Real) en algo perceptible a través de imágenes y palabras. Lacan entiende la creación literaria no solo como un acto de sublimación, sino como un "velo" que permite al autor "mostrar-ocultar" aspectos perturbadores de la realidad. La metáfora, más allá de ser una figura lingüística, actúa como un "transporte" que convierte lo inefable en algo más accesible y comprensible, permitiendo que lo indescriptible se exprese a través del lenguaje. De este modo, crea un puente ante lo

Real, haciendo posible su representación simbólica y facilitando la comprensión del espectador.

Este trabajo busca ofrecer una perspectiva psicoanalítica de la pubertad, integrando la creación literaria como una herramienta que permite acceder a lo que de otro modo sería inaccesible. Arte y ciencia, desde sus respectivos enfoques, enriquecen la comprensión de las transformaciones psíquicas y corporales de este período, revelando aspectos de la experiencia humana que la teoría sola no podría abarcar. De esta forma, la convergencia entre literatura y psicoanálisis enriquece el análisis, ofreciendo una visión que nos acerca un poco más a desentrañar la metamorfosis de los púberes.

## 2. Pubertad y Adolescencia

### 2.1 La adolescencia como moratoria social

El psicoanalista Contardo Calligaris inicia su libro *Adolescencia* (2000) con un relato que utiliza como metáfora para ilustrar una experiencia esencial de esta etapa de la vida. A través de este cuento, busca ejemplificar los desafíos y transformaciones típicos de la adolescencia. Para introducir el tema, comparto un fragmento de este relato:

Un grupo de amigos sufre un accidente de avión y termina en una zona remota de la selva amazónica, donde una tribu indígena, sin contacto previo con el mundo moderno, los acoge. Con el tiempo, los jóvenes se adaptan a esta nueva vida: aprenden el idioma, las costumbres y las habilidades necesarias para destacar, como pescar con arpón y tocar el berimbau-de-boca. Doce años después, se sienten listos para ser reconocidos como miembros plenos de la tribu. Sin embargo, los ancianos les informan que deberán esperar otros diez años para asumir ese rol, argumentando que la espera es necesaria para prepararlos mejor a las responsabilidades de la vida adulta (Calligaris, 2000, pp. 12-13).

Ante la noticia de tener que esperar diez años más para ser considerados miembros plenos de la tribu, los jóvenes sienten una profunda sensación de traición, especialmente después de todo su esfuerzo y preparación. Deciden rebelarse, y en su descontento, se reencuentran con sus viejos amigos del accidente, que habían sido acogidos por distintas familias. Juntos, forman una "tribu dentro de la tribu", desafiando las reglas y buscando el reconocimiento que se les niega. Se alejan de las familias que los acogieron y se vuelcan a su grupo, donde se consideran a sí mismos como "hombres y mujeres de verdad". En la aldea, su presencia rebelde provoca preocupación y miedo, convirtiéndolos en objetos de represión y, quizás, también de envidia (Calligaris, 2000, p. 14).

El relato de Calligaris (2000) utiliza una metáfora para expresar la experiencia de la adolescencia, reflejando la frustración de los jóvenes que, tras años de preparación, se enfrentan ante una "moratoria" impuesta por los adultos, quienes les dicen: "aún no". Al

igual que los jóvenes del accidente de avión, muchos adolescentes, pese a sentirse listos para asumir responsabilidades, descubren que la sociedad los mantiene en un estado de espera.

Para Calligaris (2000), la adolescencia es una etapa en la que, a pesar de que los jóvenes han adoptado los valores de la comunidad y sus cuerpos están listos para asumir responsabilidades, la sociedad les impone una "moratoria". A diferencia de otras culturas con ritos de iniciación que marcan la transición a la adultez, la sociedad occidental moderna carece de criterios claros, prolongando la adolescencia de manera indefinida. Esta ambigüedad, junto con la glorificación de la juventud y los ideales contradictorios de independencia, atrapa a los adolescentes en un limbo: ya no son niños, pero tampoco adultos. Esta sensación de estar "en el medio" refuerza la incertidumbre y la frustración, atrapándolos entre el deseo de independencia y la presión de permanecer en esta etapa.

Tomando como punto de partida el relato, la pubertad y la adolescencia pueden distinguirse: la pubertad es un cambio fisiológico medible, que marca el inicio de la capacidad reproductiva a través de la maduración de los órganos sexuales, mientras que la adolescencia, según Calligaris (2000), es una construcción social que va más allá de estos cambios físicos y puede darse o no.

Esta tensión entre lo que el cuerpo parece estar preparado para hacer y lo que la sociedad les permite se relaciona profundamente con el concepto de pubertad que este trabajo busca explorar. Mientras los adolescentes luchan por encontrar su lugar, el púber se encuentra un paso atrás, enfrentándose al cuerpo como un Real que irrumpe.

## 2.2 Diferencias y similitudes entre la pubertad y la adolescencia

Este trabajo abordará la temática de la pubertad, entendiéndola como una metamorfosis corporal que implica un enfrentamiento lo suficientemente caótico entre la imagen previa del cuerpo, la transformación no asumida del nuevo.

La pubertad se presenta como un tiempo de conmoción en el que lo Real irrumpe, desafiando la estructura simbólica y marcando un momento clave en la constitución del sujeto. Para Lacan, lo Real no está mediado por el lenguaje, sino que se manifiesta como aquello imposible de representar completamente, lo que irrumpe en la experiencia del sujeto y lo desestabiliza. Aunque lo Simbólico intenta contenerlo, lo Real rebasa como un trauma que pone en evidencia lo que escapa a toda organización simbólica (Chemama, 1996, p. 372).

La pubertad, reconocida como una fase claramente delimitada dentro del ciclo vital, sigue siendo un proceso envuelto en misterios y velos. A pesar de los avances científicos, psicoanalíticos, y de los estudios realizados desde diversas perspectivas, aún estamos lejos de poder abarcar y comprenderla en su complejidad. No se trata únicamente de los

evidentes cambios corporales, sino también de la profunda reorganización psíquica que atraviesa el sujeto. Este momento de la vida está marcado por una confrontación con lo desconocido, en la que los jóvenes enfrentan profundas transformaciones tanto en su cuerpo como en su psiquismo. Esto plantea la pregunta: ¿Cómo pensar al sujeto en relación con su cuerpo y su psique? ¿Juntos o separados? Esta cuestión requiere una reflexión más profunda más adelante se ofrecerá una posible respuesta.

Los misterios de la pubertad residen en el carácter singular e impredecible de ese momento, transitado por cada sujeto de manera única, lidiando con sus propios velos y desafíos internos y externos, que incluyen tanto el enfrentamiento con lo novedoso como la necesidad de dejar atrás estructuras conocidas. Es un laberinto caótico, donde el sujeto puede vislumbrar posibles salidas, pero no siempre logra enfrentar solo, las encrucijadas que se le presentan.

Desde el psicoanálisis, tanto Freud como Lacan han abordado cuestiones relacionadas con la pubertad, considerando tanto a los jóvenes como a las jóvenes. Lo enriquecedor desde esta perspectiva es que el tiempo no se concibe de manera simplemente cronológica o evolutiva. Lo que realmente importa no es el desarrollo lineal, sino las irrupciones, traumas y desvíos que marcan este tránsito. En este enfoque, más que centrarse en el pasado, el interés radica en la historia que se va construyendo de manera simultánea y simbólica, basada en los significantes que el sujeto ha incorporado y va resignificado en su presente (Gregoret, 2018).

Con la irrupción de la pubertad, el sujeto experimenta una transformación radical que desestabiliza sus identificaciones previas, llevándolo a un punto donde ya no se reconoce en el espejo (Lacan, 1996). Esta fase marca una ruptura, en la que el "espejo" simboliza la imagen que el sujeto había construido de sí mismo, formada y sostenida hasta entonces a través de la mirada del otro y su propia representación. En este nuevo contexto, esa imagen se vuelve extraña, ajena.

Uno de los conceptos clave en Lacan (1996) es el estadio del espejo, donde la imagen corporal juega un papel fundamental en la formación del yo. Esta imagen no es fija ni inmutable. En la pubertad la imagen previa ya no basta para sostener al sujeto, lo que provoca una crisis. Esta irrupción del cuerpo, genera un desajuste entre cómo el joven se percibía antes y ahora. Este momento exige una re-elaboración o un re-enfrentamiento, para poder integrar estos cambios, para poder re-encontrarse ante lo novedoso. Es como si el sujeto necesitara re-construirse, ya que lo que antes lo definía o representaba ahora no es suficiente o ya no lo representa.

Freud (1905/1986) concede gran importancia al término "pubertad" en su obra, especialmente en *Tres ensayos de teoría sexual*, publicado en 1905, donde aborda esta noción por primera vez. Define la pubertad como una segunda etapa en el desarrollo de la

sexualidad infantil, a la que denomina “segundo tiempo”. Según su perspectiva, la elección de objeto en la vida sexual ocurre en dos fases: la primera, entre los dos y cinco años, y la segunda, que aparece con la pubertad, estableciendo las bases para la vida sexual “definitiva” del sujeto (Freud, 1905/1986, pp. 181-192). En la infancia, las elecciones de objeto no son definitivas; permanecen latentes hasta la pubertad, cuando se reactivan y se actualizan durante la adolescencia. En esta etapa, el adolescente debe enfrentarse nuevamente a estas elecciones, marcando un momento crucial en su reestructuración psíquica y en la configuración de su vida sexual adulta. Freud utiliza la noción de “púber” para referirse a las transformaciones que se producen en los sujetos al abandonar la infancia. Estas transformaciones impactan primeramente en el cuerpo, pero tienen su correlato en el psiquismo.

Pensando en esto, Rother Hornstein (2006) sostiene que, desde el desamparo inicial hasta el experimentado en la pubertad, el sujeto enfrenta una serie de heridas narcisistas que desafían la capacidad del yo para reconstituirse. En la pubertad, el niño atraviesa diversos duelos: la pérdida del cuerpo infantil, el fin de la infancia y el distanciamiento de los padres propios de esa etapa. Estos duelos son necesarios para dejar atrás la infancia y requieren un proceso de elaboración y simbolización, que implica una reorganización del yo, el ideal del yo y el superyó. Hornstein describe este proceso como una "exigencia de trabajo" fundamental para la reelaboración que la metamorfosis de la pubertad demanda. Así, la pubertad sitúa al sujeto en una posición vulnerable que necesita sostén.

El proceso adolescente, según Rassial (1999), no se reduce a una simple adaptación a los cambios físicos de la pubertad ni a un nuevo estatus social, sino que es un pasaje identitario que cuestiona profundamente la existencia del sujeto y sus vínculos. A diferencia de la pubertad, que es breve y definida, la adolescencia implica un desprendimiento de los padres de la infancia, como plantea Freud (1914/1976) en la psicología del colegial y puede prolongarse indefinidamente o no suceder. Adolescencia y pubertad, por tanto, no son sinónimos.

Según Pernicone (2019), la pubertad implica un choque con lo Real del cuerpo, caracterizado por la aparición de signos somáticos propios de esta etapa y el surgimiento de deseos hacia el partenaire sexual, lo que desencadena una respuesta sintomática que la adolescencia promueve. En esta línea, Fernández (2021) sostiene que la adolescencia no debe ser vista solo como una etapa cronológica, sino como un tiempo lógico y singular que cada sujeto atraviesa de forma única.

Partiendo de esta idea, Stevens (2019) plantea que la adolescencia es el síntoma de la pubertad y sostiene que: “La adolescencia, la edad de una gran variedad de respuestas posibles, a ese imposible que es el surgimiento de un real propio de la pubertad”.

Lacan (2012), en el prefacio de *El despertar de la primavera*, describe la pubertad como un momento de confrontación con el cuerpo, especialmente en relación con el goce y la sexualidad. Señala que este encuentro con lo sexual o lo pulsional crea una fisura en lo Real, una experiencia que escapa al control del sujeto. La sexualidad representa un "agujero" en lo Real, algo que no se puede dominar ni reparar, y que se manifiesta a través del cuerpo. Así, el pubis, como símbolo del despertar sexual, se vuelve algo público, exponiendo al sujeto de una forma que va más allá de su control o comprensión. Esta exposición afecta tanto la percepción del propio cuerpo como la relación del sujeto con los otros, al revelar aspectos antes desconocidos o latentes. En este sentido, durante la pubertad/adolescencia, la sexualidad sufre un cambio radical. Durante la pubertad, según Freud, la sexualidad infantil (fragmentada y autoerótica), se reorganiza en torno a la genitalidad y al objeto sexual. Lacan enfatiza que la pubertad implica un encuentro con el goce y una confrontación con el "cuerpo real", lo que lleva a un reordenamiento de las identificaciones y de la relación del sujeto con su deseo.

Rassial (1999) plantea que la pubertad altera primero la imagen corporal formada durante la infancia, que ahora debe reformularse para adaptarse a la nueva realidad genital. Esta transformación implica que las identificaciones y la percepción del cuerpo dejen de apoyarse en la mirada y la voz materna o en la figura paterna, y sean influenciadas por la relación con los pares y la atracción hacia el otro. En este proceso, el ideal del yo se redefine y ajusta en función de la interacción social y el reconocimiento en el ámbito de la sexualidad emergente. Esto implica una reorganización: los padres dejan de ser el soporte principal del ideal del yo, que ahora se sostiene en el contacto con los otros.

Tomando en cuenta lo anterior y siguiendo a Fernández (2021), la pubertad se presenta como un despertar en lo Real del cuerpo, manifestándose en dos dimensiones clave: la metamorfosis física y el resurgimiento de lo pulsional, que, tras un periodo de latencia, ahora con fuerzas renovadas, vuelve a bullir y desbordar. Este proceso transforma al cuerpo, que al desarrollar los caracteres sexuales secundarios y asumir su capacidad reproductiva, adquiere un nuevo estatuto. El cuerpo infantil da paso a un cuerpo renovado, sexualizado, que comienza a orientarse hacia la búsqueda de otro cuerpo, inaugurando una nueva relación con la sexualidad.

Este período trae consigo una profunda desestabilización: los ideales y las identificaciones que sostenían al niño ya no bastan para afrontar la nueva realidad del adolescente. Aunque conlleva una pérdida significativa, también es un tiempo de transformación y adquisición, en el que lo novedoso surge precisamente a partir de lo que se ha dejado atrás. El desafío para el adolescente es construir un nuevo paradigma que le permita reorganizar su subjetividad emergente y darle sentido a su existencia en este nuevo momento (Fernández, 2021).

### 2.3 Para este trabajo

Partiendo de lo anterior, en este trabajo consideramos el inicio de la pubertad como un momento claramente definido que irrumpe en el cuerpo, marcando el comienzo de un proceso largo y complejo. Este inicio da lugar a una fase de espera, durante la cual se manifiesta una "exigencia de trabajo" (Hornstein, 2006). Aunque la adolescencia no tiene un inicio cronológico exacto, surge inevitablemente de la pubertad y se extiende hasta que el sujeto alcanza lo que Freud denomina su "conformación normal definitiva" (Freud, 1905/1986, p. 189). Sin embargo, esta conformación final no es unívoca, ya que lo "normal" puede interpretarse de diversas maneras según cada sujeto.

Es crucial reconocer que tanto la pubertad como la adolescencia deben comprenderse en plural, puesto que cada sujeto atraviesa estos momentos de manera singular y única. Así, podemos concluir que un sujeto puede ser considerado "púber" sin haber llegado aún a la adolescencia, pero no es posible considerar a un adolescente sin su condición intrínseca de "púber".

## 3. La Pubertad en Freud y aportaciones claves desde Lacan

### 3.1 La Metamorfosis de la Pubertad en Freud y aportaciones desde el psicoanálisis

En su obra *Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad* (1905/1986), Sigmund Freud desafió las nociones dominantes de su época, que concebían la infancia como un estado de inocencia y ausencia de sexualidad. A través de su investigación, sostuvo que desde una edad temprana los niños experimentan una vida sexual activa y compleja, una idea que contrastaba fuertemente con la visión tradicional, que consideraba la sexualidad infantil como inexistente o marginal. Él argumenta que las experiencias sexuales infantiles, a través de diversas etapas y manifestaciones, son cruciales para el desarrollo del aparato psíquico del sujeto.

Freud (1905/1986) señala que antes de la pubertad, las pulsiones sexuales de niños y niñas son autoeróticas, centradas en las zonas erógenas sin un objetivo sexual definido. Con la pubertad, estas pulsiones encuentran un objeto sexual y se subordinan al primado de las zonas genitales, orientándose hacia la función reproductiva y adquiriendo un carácter más altruista.

Laplanche y Pontalis (2004) destacan que Freud introduce el término *Trieb* para referirse a la pulsión en *Tres ensayos sobre teoría sexual* (1905). En esta obra, Freud define la pulsión como un proceso dinámico impulsado por una fuerza que orienta al organismo hacia un fin: la satisfacción de una necesidad. La pulsión se compone de tres elementos: la fuente (una excitación corporal), el objeto (lo que satisface la pulsión) y el fin (la eliminación de la tensión).

En su análisis de la sexualidad, Freud desafía la idea de que la pulsión sexual tiene una meta y un objeto específicos, localizados en el funcionamiento del aparato genital (1905/1986). En cambio, muestra que el objeto de la pulsión es contingente y variable, determinado por el sujeto y su historia. Los fines de las pulsiones son múltiples y parciales, y están ligados a las fuentes somáticas, que también son diversas, pudiendo adquirir una función prevalente como las zonas erógenas. Como señalan Laplanche y Pontalis (2004), en su texto *Pulsiones y destinos de pulsión*, Freud introduce un cuarto componente de la pulsión: el empuje. Define este empuje como una fuerza que impulsa al organismo hacia su satisfacción, describiéndolo como una “exigencia de trabajo impuesta al aparato psíquico” (p. 325).

Teniendo esto en cuenta, Freud (1905/1986) sostiene que, durante la pubertad, la zona erógena se convierte en la nueva meta sexual, completando así la búsqueda de objeto que comenzó en la primera infancia. Para los sujetos la primera satisfacción se da con un objeto externo, como el pecho materno, y luego la pulsión se vuelve autoerótica, centrada en el propio cuerpo. En la pubertad, la pulsión retoma su orientación hacia un objeto externo, lo que Freud (1905/1986) describe como un "reencuentro" más que un hallazgo, ya que el deseo se conecta nuevamente con la experiencia de satisfacción temprana que había quedado latente, “El hallazgo (encuentro) de objeto es propiamente un reencuentro” (p. 203).

Freud (1905/1986) explora las relaciones entre los niños y sus cuidadores (generalmente la madre) y cómo estas influyen en el desarrollo de la pulsión sexual y la formación de objetos sexuales. Al desarrollar este análisis, ubica la búsqueda de objeto desde la temprana infancia, ya que el niño experimenta excitación y satisfacción sexual a través de las interacciones con la madre, quien, al ofrecer cuidados afectuosos, sin querer despierta la pulsión sexual en el niño. Aunque la madre puede percibir su comportamiento como amor puro y asexual, este proceso muestra que el desarrollo sexual y la percepción de objetos sexuales comienzan desde una edad temprana.

### 3.2 El Falo y la Organización Sexual: De la Infancia a la Pubertad y los Primeros Pasos hacia la Adulthood

Freud (1923/1976), en *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)*, reconsidera su posición sobre el desarrollo sexual infantil, argumentando que la vida sexual de los niños se asemeja más a la de los adultos de lo que pensaba en un principio. En este contexto, la etapa fálica (entre los 3 y 5 años) se destaca como la fase más intensa del desarrollo sexual infantil, donde el interés por los genitales y la predominancia del falo son centrales para ambos sexos. Durante esta etapa, los niños exploran su cuerpo y sus sensaciones, considerando al falo como el único órgano relevante,

incluso cuando las pulsiones aún no se unifican plenamente bajo el primado genital (Nasio, 1996).

El falo, entendido tanto por Freud como por Lacan, trasciende el órgano anatómico para convertirse en un símbolo psíquico fundamental. Lacan distingue entre el "falo Imaginario" y el "falo Simbólico": inicialmente, el falo Imaginario está cargado de fantasías de poder y completud, vinculadas a la percepción infantil de la presencia o ausencia del pene. A medida que el niño atraviesa la experiencia de la castración, el falo Imaginario se transforma en un falo Simbólico, que organiza el deseo y la vida psíquica al introducir al sujeto en el orden Simbólico (Nasio, 1996, pp. 47-49). La castración, lejos de ser una pérdida física, marca un límite en la fantasía de omnipotencia infantil, configurando la relación con el cuerpo, el deseo y los otros.

La fase fálica se vincula estrechamente con el complejo de castración y el complejo de Edipo, elementos clave en la evolución libidinal del niño. A pesar de que el complejo de castración se manifiesta de manera diferente en niños y niñas, en ambos casos gira en torno al falo. La diferencia esencial entre la organización genital infantil y la del adulto radica en cómo el falo se percibe y se integra en la estructura psíquica.

En este proceso, el complejo de castración, que surge en la fase fálica, resulta crucial. Freud subraya que la percepción infantil de la ausencia del pene en las niñas se interpreta como una "castración", lo que impulsa mecanismos de defensa inconscientes para manejar esta contradicción. A partir de aquí, el falo se convierte en el eje de la diferenciación sexual y en un patrón Simbólico que estructura las fantasías y la organización del deseo. Así, el primado del falo no solo influye en la niñez, sino que también prepara el terreno para los cambios que ocurrirán en la pubertad, cuando la energía pulsional de esta etapa se transforma y orienta hacia la maduración sexual.

En la pubertad y la adolescencia, el primado del falo que estructuraba la sexualidad infantil se reconfigura. La energía pulsional se intensifica y se dirige hacia la búsqueda de un objeto externo, marcando el paso de la autoexploración infantil a la orientación hacia el otro. Este proceso implica una nueva relación con la sexualidad, donde el cuerpo y el deseo se transforman de manera significativa, integrando los aspectos Simbólicos del falo en la vida adulta (Nasio, 1996). Así, la transición del falo Imaginario al Simbólico es clave para entender la reorganización del deseo y la subjetividad durante la pubertad.

Volviendo a las diferencias sexuales en las primeras etapas, Freud (1923/1976) analiza cómo los niños desarrollan su comprensión de los genitales y las diferencias sexuales. En las primeras etapas, las nociones de masculino y femenino no son claras. Durante la fase pre-genital, la diferencia principal radica entre activo y pasivo, en la fase genital infantil, la distinción se centra en tener falo o estar castrado. Así, el falo (o su ausencia) se convierte en el eje de la diferenciación sexual en esta etapa (p. 149).

El falo es un significante central del deseo humano, que conecta toda forma de deseo con la dimensión sexual, aunque no siempre de manera explícita. Según Nasio (1996), la castración simbólica es un acto que separa al niño de la fantasía de omnipotencia y marca un límite en su relación con el goce, estableciendo que la satisfacción siempre será incompleta. Este proceso es crucial para estructurar el deseo humano. Freud (1923/1976) señala que el complejo de castración desempeña un papel fundamental en las relaciones interpersonales y en la organización del deseo sexual, al introducir la prohibición del incesto y la función de la Ley, que ordena la vida social. En *Tótem y tabú* (1913/1991), Freud ejemplifica esta función con la figura del padre originario, quien, al ejercer su autoridad, restringe el acceso de sus hijos a las mujeres, consolidando así la estructura social. El complejo de castración está íntimamente ligado al complejo de Edipo, especialmente en su rol prohibitivo y normativo.

Continuando con el desarrollo psicosexual del individuo, Freud (1923/1976) señala que es solo en la pubertad cuando la polaridad sexual se alinea con lo masculino y lo femenino.

Recapitulando lo dicho por Freud (1923/1976), el desarrollo sexual infantil comienza en una etapa pregenital, donde en la fase sádico-anal la diferencia fundamental radica entre lo activo y lo pasivo. En la etapa genital infantil, la organización sexual se establece en torno a la polaridad fálico-castrado, sin hacer referencia explícita a lo masculino o lo femenino. Es recién en la pubertad cuando se consolidan formas más claras de organizar la diferencia sexual, asociando lo masculino con la actividad y la posesión del pene, y lo femenino con la pasividad y la capacidad de recibir el pene.

Este proceso refleja cómo el autor conceptualiza el desarrollo hacia una comprensión más completa de las diferencias sexuales durante la pubertad. Freud (1905/1986), introduce una diferenciación fundamental entre lo que él denomina disposición femenina y masculina:

(...) En el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una feminidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos (pp. 200-201)

La diferenciación entre los sexos se establece de manera un poco más clara durante la pubertad, aunque siempre reconociendo el carácter mencionado de que ningún sujeto se compone sólo de virilidad o sólo de feminidad.

Antes de la pubertad, las características masculinas y femeninas son menos distintivas, y las pulsiones sexuales autoeróticas son similares en ambos sexos, lo que le confiere a la sexualidad un carácter predominantemente masculino. Freud (1905/1986) sugiere que, si se pudiera definir con precisión qué es "masculino" y "femenino" en relación con la libido, se podría afirmar que esta tiene una naturaleza generalmente masculina, independientemente del sexo del individuo o de su objeto de deseo.

La concepción freudiana del objeto pulsional se originó en *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905), donde analizó las pulsiones sexuales. Laplanche y Pontalis (2004) plantean que Freud distingue entre dos aspectos importantes en la pulsión: el objeto sexual, que es la persona que atrae sexualmente al sujeto, y la meta sexual, que es la acción que la pulsión impulsa al sujeto a realizar. Freud (1905/1986) define el objeto de la pulsión como aquello mediante lo cual la pulsión puede alcanzar su meta. Esto significa que el objeto es esencial para que la pulsión encuentre su satisfacción.

Freud (1910/1976) distingue entre el objeto parcial y el objeto de amor. El objeto parcial está relacionado con pulsiones específicas y parciales, típicamente presentes en las etapas pre-genitales. Este objeto no implica una consideración completa del otro como persona, sino que se enfoca en una parte o función específica que satisface una necesidad o deseo del sujeto. No es la persona en su totalidad, sino una parte fragmentada que el sujeto invierte para lograr satisfacción. Por otro lado, el objeto de amor se refiere al objeto elegido en la fase genital, cuando las pulsiones parciales se integran en una organización más completa. En esta etapa, el sujeto percibe y valora al otro como una figura completa e independiente, hacia la cual dirige sus sentimientos amorosos y/o eróticos. A diferencia del objeto parcial, el objeto de amor implica una relación más integrada con la otra persona, apreciándola en su totalidad y no solo en función de partes o aspectos específicos.

### 3.3 La Pubertad como Tiempo de Espera: La Metáfora del Túnel

Freud describe el desarrollo psicosexual como una progresión que va desde los objetos parciales hacia un objeto de amor genital, en el cual las pulsiones parciales se integran gradualmente en una organización genital más sofisticada (Freud, 1905/1986):

La normalidad de la vida sexual es garantizada únicamente por la exacta coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual. La primera de ellas reúne en sí lo que resta del temprano florecimiento infantil de la sexualidad. Es como la perforación de un túnel desde sus dos extremos (Freud, 1905/1986, p. 189).

Durante la pubertad, la zona genital, se convierte en la nueva meta sexual. La búsqueda de objeto, que comenzó en la infancia, culmina en un reencuentro con objetos sexuales externos. Como ya nombramos, la sexualidad adolescente se manifiesta como

una repetición o reencuentro con el hallazgo de objeto, reflejando en un segundo tiempo cómo se ha resignificado la experiencia previa. Aunque la sexualidad está presente al inicio de la pubertad, esto no significa necesariamente que se actúe de inmediato ni que se ponga en acto. Freud (1905/1986) describe la pubertad como un túnel, metáfora que ilustra este tiempo, no de latencia, pero sí de espera (Fernández, 2021).

Las experiencias tempranas, especialmente durante la infancia, moldean los objetos que satisfacen las pulsiones y están estrechamente relacionadas con el desarrollo del complejo de Edipo. Este complejo, definido como el conjunto organizado de deseos amorosos y hostiles que el niño experimenta hacia sus padres (Laplanche & Pontalis, 2004), tiene dos manifestaciones: la modalidad positiva y la negativa. En un primer momento, tanto el niño como la niña aman a la madre como su primer objeto de amor.

En la modalidad positiva, el niño establece una fuerte conexión con la madre, viéndola como su objeto de amor, mientras que el padre es percibido como un rival. De manera similar, la niña también ama inicialmente a la madre, pero tras una decepción, reorienta su amor hacia el padre, viendo a la madre como un obstáculo en su relación con él, creyendo que podría ocupar su lugar (Freud, 1910/1976).

Además, existe una modalidad negativa del complejo de Edipo, en la cual el amor se dirige al progenitor del mismo sexo, mientras que los sentimientos de odio y celos se canalizan hacia el progenitor del sexo opuesto. Es importante señalar que, tanto la modalidad positiva como la negativa, coexisten y nunca prevalecen de forma absoluta (Freud, 1910/1976).

Nasio (1996), tomando a Freud y Lacan, describe el complejo de castración a través de varias fases. En un primer momento, el niño mantiene la creencia universal del pene; en un segundo tiempo, surge la amenaza de castración. En este punto, las advertencias de los padres, especialmente relacionadas con la masturbación o conductas autoeróticas, generan en el niño la idea de que su pene está en peligro. Esta amenaza no solo implica el temor a la pérdida física del pene, sino también la necesidad de renunciar a los deseos incestuosos hacia la madre. Finalmente, en un tercer tiempo, ocurre el descubrimiento de la diferencia sexual. Esta revelación le lleva a dar un nuevo sentido a las amenazas de castración, lo que refuerza su temor de perder su propio órgano genital. Aunque se ha discutido ampliamente el complejo de castración, es fundamental agregar una dimensión clave conocida como el "cuarto tiempo". Esta fase introduce la idea de que la madre también está castrada. A medida que el niño avanza en su desarrollo psíquico, llega a comprender que incluso la figura materna, objeto de respeto y poder, está desprovista de pene. Este descubrimiento es fundamental, pues lo confronta con la realidad de la castración, generando angustia y provocando la renuncia a sus deseos edípicos hacia la madre. Esta renuncia marca no solo el fin del complejo de castración, sino también el del complejo de Edipo. Para que el

complejo de castración se consolide, el niño debe reconocer la ausencia de pene en las mujeres y recordar las amenazas parentales en relación a la castración. Aunque la angustia de castración no es plenamente consciente en el niño, tiene un impacto profundo en la formación del superyó y en la estructuración de su psiquismo. Esta crisis, aunque angustiante, es estructurante: el niño enfrenta los límites de su propio ser, acepta la prohibición del deseo incestuoso hacia la madre y asume su falta (Nasio, 1996).

El complejo de castración femenino se organiza de manera distinta a pesar de que el punto de partida sea similar al del varón. En el primer tiempo, la niña cree que todos poseen un pene (el clítoris es visto como un pene pequeño). En el segundo tiempo, la niña descubre que su clítoris es demasiado pequeño para ser un pene, y ante la visión del pene masculino, reconoce que ha sido castrada. Debido a esto se inaugura un tercer tiempo, donde la niña desprecia a la madre por no haberle transmitido los atributos fálicos (Nasio, 1996).

El momento más significativo del complejo de castración en la niña, es la separación con su madre. Es la única manera en la niña de poder salir de ese vínculo. Este reconocimiento genera un resentimiento primordial hacia la madre, que resurge como reproches constantes por no haberle transmitido atributos fálicos o enseñado a valorar su cuerpo de mujer. Esto lleva a una segunda separación de la madre, y a un consecuente giro del investimento de la libido hacia el padre como objeto de amor (Nasio, 1996).

Después del período de latencia, en la pubertad y la adolescencia, el sujeto enfrenta profundos conflictos psíquicos y emocionales, estrechamente ligados a la dinámica familiar. En esta etapa, el conflicto central del complejo de Edipo, que había sido "sepultado" para dar paso a la latencia, puede resurgir con nuevas formas y significados, reactivándose en un contexto de relaciones sociales y sexuales más complejas. Freud (1910/1976) señala que el adolescente debe confrontar nuevamente las tensiones edípicas latentes desde la infancia, en una reedición que se produce en la pubertad, cuando las fantasías edípicas se tornan posibles por la salida del cuerpo infantil, lo que exige un trabajo psíquico para reorganizar su posición subjetiva. La superación de estas tensiones, con mayor o menor éxito, depende de la elección de un objeto particular. Sin embargo, este proceso no siempre se completa de manera definitiva, lo que puede dar lugar a conflictos psíquicos persistentes.

Re-edición significa que el conflicto retorna, pero en base al conflicto anterior: en la adolescencia vamos a hablar de un conflicto edípico que tiene una estructura que deviene del conflicto edípico de la infancia. El infante posee sentimientos y sensaciones iguales a las de los adultos, con la diferencia que en el niño se produce en un psiquismo que aún no logra comprender.

Por esto, la elección de objeto se da en dos tiempos, en dos oleadas. La primera comienza entre los dos y los cinco años, pero es interrumpida por el período de latencia, y

se distingue por la naturaleza infantil de las metas sexuales. La segunda ola, ocurre con la pubertad y marca la formación definitiva de la vida sexual (Freud, 1905/1986).

(...) hallamos que la elección de objeto es guiada por los indicios infantiles, renovados en la pubertad, de inclinación sexual del niño hacia sus padres y los encargados de cuidarlo, y, desviada de estas personas por la barrera del incesto erigida entretanto, se orienta hacia otras semejantes a ellas (Freud, 1910/1976, p. 215).

Acerca del concepto de la “barrera del incesto”, para Freud (1905/1986) es una prohibición cultural que impide que el amor infantil hacia los familiares se convierta en atracción sexual en la adultez. El autor sugiere que cuando la ternura de los padres evita despertar prematuramente la pulsión sexual en el niño, la pubertad proporciona el momento adecuado para que esta pulsión se desarrolle plenamente. Este despertar sexual conlleva una excitación emocional que se dirige hacia los órganos genitales. En este punto, la pulsión sexual puede cumplir su función natural de guiar al individuo adulto hacia la elección de un objeto sexual.

La barrera del incesto, como parte del superyó, es instaurada por la figura de autoridad y nos remonta a los primeros límites y a la primera sociedad con la que se encuentra el infante: los padres o cuidadores principales. Freud (1910/1976) destaca el papel de estas figuras como representantes de esta prohibición fundamental.

En términos psicoanalíticos, el conflicto entre el yo, el ello y el superyó se agudiza en la adolescencia. El superyó (la instancia que representa las normas morales y las prohibiciones) puede entrar en conflicto con las intensas pulsiones del ello (el reservorio de deseos inconscientes), y el yo (la parte que busca mediar entre estos dos) enfrenta la tarea de manejar estas nuevas demandas (Nasio, 1996).

Es en este dolor donde se hacen visibles las luchas, la rebeldía y el impulso de ir contra los límites reales, aunque en esencia se trate de un conflicto psíquico. Dar muerte a esos “Dioses” implica aceptar que los padres son mortales, con virtudes y defectos, lo que transforma el vínculo: se retira la energía de esas imagos internas para, con Tánatos, matar la omnipotencia que antes poseían. Así, se atraviesa un proceso de duelo y transformación que se adolesce.

A “Tánatos”, Freud (1921/1976) la designa como la pulsión de muerte, la pulsión de la destrucción. Sin embargo, esto no tiene una connotación negativa: matar y destruir es preciso para dar lugar al nacimiento de algo nuevo. Y esto es siempre parte del duelo. Mientras que Eros inviste, catectiza con amor e idealiza durante buena parte de nuestra vida, es Tánatos quien aniquila. Y es que dobles imagos no pueden convivir simultáneamente.

El psicoanálisis enseña que existen dos caminos para el hallazgo de objeto; en primer lugar, el mencionado, que se realiza por apuntalamiento en los modelos de la temprana infancia, y, en segundo lugar, el narcisista, que busca al yo propio y lo reencuentra en otros (Freud, 1910/1976).

Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921/1976) está investigando sobre la génesis de la homosexualidad masculina desde su perspectiva psicoanalítica. Para la pertinencia de este trabajo, nos centraremos en el cambio que Freud plantea que ocurre durante la pubertad:

El joven ha estado fijado a su madre, en el sentido del complejo de Edipo, durante un tiempo y con una intensidad inusualmente grandes. Por fin, al completarse el proceso de la pubertad, llega el momento de permutar a la madre por otro objeto sexual (p. 102).

A medida que el joven entra en la pubertad, hay un momento en el que debería ocurrir una "permuta" de objeto sexual: en lugar de la madre, el joven debería comenzar a buscar una pareja sexual diferente. Este cambio implica una transformación en el tipo de objetos que busca en su vida.

Freud (1921/1976) explica que, en las primeras fases del desarrollo, el niño experimenta una coexistencia entre la identificación con el padre y el vínculo libidinal con la madre. Esta identificación con el padre es ambivalente, ya que puede expresar tanto ternura como deseos hostiles, vinculándose a la fase oral de la libido, donde el objeto deseado se "incorpora" simbólicamente. Freud distingue entre la identificación, que implica desear ser como el padre, y la elección de objeto, que implica desear tener al padre como objeto de amor, lo cual es fundamental para entender las dinámicas tempranas del yo y los lazos afectivos antes de la elección sexual de objeto. En la adolescencia este equilibrio cambia: mientras que en la infancia la identificación con las figuras parentales predomina, en la pubertad el deseo de elección de objeto se vuelve más relevante. Freud señala que la identificación puede llegar a sustituir la elección de objeto, generando confusión en los jóvenes, quien debe resolver las tensiones entre el deseo de ser (identificación) y el deseo de tener (elección de objeto).

Según el pensamiento de Freud (1910/1976), durante la pubertad y la adolescencia, los jóvenes exploran la elección de objeto a través de fantasías que no buscan concretarse en la realidad, continuando la investigación sexual iniciada en la infancia. Estas fantasías incluyen temores a la castración, el deseo de regresar al vientre materno y la "novela familiar"(Freud, 1910/1976, p. p 165).

La "novela familiar" hace referencia, a las fantasías que los niños y adolescentes desarrollan sobre sus orígenes y la relación con sus padres, como una forma de elaborar estos vínculos. Estas fantasías pueden incluir la idealización de los padres, deseos de

reemplazarlos, o representaciones de la madre como objeto de deseo y del padre como rival, elementos profundamente relacionados con el complejo de Edipo. En la pubertad/adolescencia, la "novela familiar" se manifiesta a través de fantasías inconscientes. Estas fantasías, desarrolladas en el plano de lo imaginario mediante pensamientos y sueños, incluyen la idea de "rescatar a la madre" (Freud, 1910/1976, p. 166), una representación simbólica del deseo de devolver el regalo de la vida recibido de ella. En este proceso, el adolescente imagina salvar a la madre de la infidelidad o la indecencia, lo que se convierte en el anhelo de tener un hijo con ella, identificándose con el rol del padre. Esta fantasía de rescate combina sentimientos de ternura, desafío y una búsqueda de independencia, revelando cómo el inconsciente del púber intenta equilibrar su deuda simbólica con las figuras parentales y su deseo de autonomía.

En la pubertad, la energía libidinal, antes centrada en el propio yo (libido narcisista), se dirige hacia otras personas, reactivando los impulsos sexuales. Este cambio permite a los adolescentes canalizar su energía en nuevas relaciones, lo que influye profundamente en su autopercepción y en su interés por el mundo exterior.

Freud (1921/1976) señala que los sujetos en las masas tienden a identificarse con un líder o con otros miembros del grupo. De manera similar, los adolescentes buscan figuras con las que identificarse fuera del círculo familiar, como parte del proceso de individuación, lo que implica la ruptura con los modelos familiares y la adopción de nuevos ideales.

Lacan (2012), introduce la idea de que el despertar sexual en los varones, se relaciona con la aparición de poluciones nocturnas, señalando el efecto inaugural que estos primeros sueños tienen sobre el cuerpo. Aquí se observa el impacto del inconsciente en la pulsión, generando una irrupción de un goce "éxtimo", un goce que le es ajeno al púber y que no sabe cómo manejar. Este encuentro con la sexualidad, mediado por el inconsciente, subraya lo que Lacan (2012) denomina "la no relación sexual", refiriéndose a la dificultad del sujeto para saber hacer frente al despertar sexual y la complejidad de las relaciones sexuales. Así, el adolescente no sólo lidia con la reactivación de los impulsos libidinales, sino también con la irrupción de lo Real.

En resumen, para Freud, la metáfora del túnel (1905/1986) describe la pubertad como un tiempo de espera, en el que la corriente tierna de la infancia y la sensualidad de la pubertad se entrelazan. Aunque la sexualidad se despierta en esta etapa, no se pone en acto; requiere un tiempo, durante el cual se reencuentra con los objetos y resignifica las experiencias previas. A continuación, se explorará la relevancia que Freud otorga al proceso de desasimilación de las figuras parentales, un aspecto fundamental en la reorganización de los vínculos durante la pubertad.

### 3.4 Freud y su reflexión sobre la psicología del colegial

Siguiendo la idea de la mudanza de la libido de objeto, Freud (1914/1976) exploró en su obra *Sobre la psicología del colegial* las dinámicas psíquicas de los jóvenes, enfocándose en la influencia de figuras de autoridad como los padres y maestros. Con motivo del 50º aniversario de la fundación del colegio "Leopoldstädter Kommunal-Realgymnasium" Freud fue invitado a escribir un ensayo sobre la institución, ya que él mismo asistió a ese colegio desde los 9 hasta los 17 años.

Freud (1914/1976) alude al período de la adolescencia:

(...) las actitudes afectivas hacia otras personas, tan relevantes para la posterior conducta de los individuos, quedaron establecidas en una época insospechadamente temprana. Ya en los primeros seis años de la infancia el pequeño ser humano ha consolidado la índole y el tono afectivo de sus vínculos con personas del mismo sexo y del opuesto; a partir de entonces puede desarrollarlos y trasmudarlos siguiendo determinadas orientaciones, pero ya no cancelarlos. Las personas en quienes de esa manera se fija son sus padres y sus hermanos. Todas las que luego conozca devendrán para él unos sustitutos de esos primeros objetos del sentimiento (acaso, junto a los padres, también las personas encargadas de la crianza), y se le ordenarán en series que arrancan de las «imágenes», como decimos nosotros, del padre, de la madre, de los hermanos y hermanas, etc (pp.248-249).

Las figuras importantes en la infancia se convierten en los primeros "objetos del sentimiento", y las emociones desarrolladas hacia dichas figuras dejan "huellas mnémicas" que influyen en todas las relaciones futuras (Freud, 1914/1976). Así, las elecciones en amistades y relaciones amorosas se basan en los vínculos afectivos formados durante esta etapa.

Freud reconoce que el reencuentro con su antiguo profesor lo impactó profundamente, resaltando la importancia de la relación con los maestros para muchos jóvenes, a menudo más significativa que el aprendizaje académico en sí. La influencia de los maestros en la vida emocional y la formación de la personalidad de sus alumnos es profunda y duradera, operando en muchos casos de manera preconsciente. Más allá de transmitir conocimientos, los maestros actuaron como figuras que moldearon la personalidad de sus estudiantes, convirtiéndose en modelos que provocaban emociones intensas. Esta relación se caracterizaba por una ambivalencia emocional, una mezcla de amor y odio, crítica y veneración, que influía tanto en la actitud de los jóvenes hacia sus maestros como en el desarrollo de sus propias identificaciones (Freud, 1914/1976). El autor

denomina a dicha influencia como “una corriente subterránea nunca extinguida” (Freud, 1914/1976, p. 248).

Freud (1914/1976) plantea que, entre las imagos que persisten desde la infancia, pocas son tan influyentes para el adolescente y su adultez como la de las figuras cuidadoras. Esta relación está marcada por una ambivalencia emocional, profundamente arraigada en una necesidad biológica. El niño pequeño tiende a amar y admirar a su cuidador, percibiéndolo como el ser más fuerte, sabio y bondadoso. Sin embargo, en la segunda mitad de la infancia, esta imagen comienza a transformarse. Al enfrentarse al mundo exterior, el niño descubre que sus cuidadores no son tan poderosos, sabios o ricos como creía, lo que provoca una sensación de insatisfacción. Este desencanto lleva al niño a cuestionarlos y a reconocer su verdadero lugar en la sociedad, generando a menudo un sentimiento de resentimiento hacia ellos por la decepción vivida. Este proceso de distanciamiento respecto a la imago paterna/materna resulta fundamental, ya que define la relación entre las generaciones, tanto en sus promesas como en sus conflictos.

Recapitulando lo analizado en este apartado, Freud (1914/1976) describe cómo, durante este período, el sujeto transita un proceso que va de la idealización a la desidealización. Por un lado, ocurre una sustracción respecto de la autoridad atribuida a los padres. Esta caída de la autoridad parental confronta a los jóvenes con el mundo desde una nueva perspectiva, orientando la búsqueda hacia quienes serán los nuevos referentes: sus semejantes. Este proceso se asemeja a un movimiento exogámico, en el sentido de una apertura hacia lo externo a la familia, donde los jóvenes comienzan a formar vínculos y referencias fuera del ámbito familiar, explorando nuevas relaciones y espacios que contribuirán a su desarrollo y autonomía.

### 3.5 El Caso de Emma y su Fobia

En *Proyecto de una Psicología*, Freud (1895/1976) explora cómo los procesos de pensamiento se relacionan con la formación de los sujetos, la percepción de la realidad y el desarrollo psíquico, haciendo hincapié en la importancia de las experiencias corporales y sensoriales.

Respecto del juzgar, cabe puntualizar más aún que su fundamento es evidentemente la preexistencia de experiencias corporales, sensaciones e imágenes-movimiento propias. Mientras estas falten, el sector variable del complejo de percepción permanecerá incomprendido, vale decir, podrá ser reproducido pero no proporcionará ninguna orientación para ulteriores caminos de pensar. Por ejemplo (y esto cobrará importancia en lo que sigue parte III), ninguna experiencia sexual exteriorizará efectos mientras el

individuo no tenga noticia de sensaciones sexuales, o sea, en general, hasta el inicio de la pubertad (Freud, 1895/1976, p. 378).

Sugiere que, antes de la pubertad, las experiencias corporales, especialmente las sexuales, no tienen el mismo impacto en la formación del pensamiento y la percepción. Es durante la pubertad cuando estas sensaciones internas se vuelven conscientes y significativas. Hasta que el complejo de percepción no esté "preparado" (es decir, durante o después de la pubertad), estas experiencias corporales no son comprensibles para el sujeto, quedando a la espera de futuros procesos mentales que puedan simbolizarlas (Freud, 1895/1976).

Freud (1895/1976), enfatiza que las experiencias corporales no son meros eventos físicos, sino que juegan un papel crucial en la configuración de la psiquis y la formación de juicios. Durante la pubertad, estas sensaciones orientan la forma en que el sujeto interpreta y percibe, mostrando la conexión profunda entre la experiencia corporal y el desarrollo del pensamiento.

Un ejemplo que ilustra este principio es el caso de Emma, estudiado por Sigmund Freud. En él describe cómo un recuerdo traumático de la infancia, es reactivado durante la pubertad:

(...) Emma está hoy bajo la compulsión de no poder ir sola a una tienda. Como fundamento, un recuerdo de cuando tenía doce años (poco después de la pubertad). Fue a una tienda a comprar algo, vio a los dos empleados (de uno de los cuales guarda memoria) reírse entre ellos, y salió corriendo presa de algún afecto de terror. Sobre esto se despiertan unos pensamientos: que esos dos se reían de su vestido, y que uno le había gustado sexualmente (Freud, 1895/1976, p. 400).

Luego de esta escena Emma experimenta una compulsión que la incapacita para entrar sola a una tienda. Este incidente sucedió poco después de su pubertad e involucró a dos dependientes de una tienda que, al reírse, dicha acción le hizo sentir terror a Emma y salir corriendo. Ella relaciona este evento de risa, con la burla de los dependientes hacia su vestido y también con su posible interés sexual hacia uno de los hombres. Freud (1895/1976) encuentra incomprensible cómo estos recuerdos explican la determinación de su síntoma (fobia para poder ingresar a las tiendas).

Este recuerdo provoca emociones intensas que siguen influyendo en su comportamiento en la edad adulta (la paciente consulta con 19 años). Aunque Emma ahora se viste como una dama y no necesita protección, el simple hecho de entrar sola a una tienda le resulta inquietante. Curiosamente, la presencia de un niño pequeño es suficiente para hacerla sentir segura. Además, resulta incongruente que uno de los hombres la haya

atraído; esto no cambiaría si ella entrara acompañada a la tienda. Por lo tanto, los recuerdos evocados no explican ni el carácter compulsivo, ni la intensidad del síntoma.

(...) La exploración ulterior descubre un segundo recuerdo que Emma pone en entredicho haber tenido en el momento de la escena I. Tampoco hay nada que pruebe esto último. Siendo una niña de ocho años, fue por dos veces a la tienda de un pastelero para comprar golosinas, y este caballero le pellizó los genitales a través del vestido. No obstante la primera experiencia, acudió allí una segunda vez. Luego de la segunda, no fue más. Ahora bien, se reprocha haber ido por segunda vez, como si de ese modo hubiera querido provocar el atentado (Freud, 1895/1976, p. 401).

La exploración de los dos recuerdos de Emma, es clave para comprender su fobia. La primera escena con los empleados de la tienda, evoca inconscientemente el recuerdo traumático de la pastelería cuando de niña fue abusada sexualmente por el pastelero. A pesar de haber sido víctima, Emma siente culpa por volver a la pastelería después del primer incidente. La risa de los dependientes (escena I), evoca inconscientemente el recuerdo del pastelero (escena II), lo que despierta angustia en Emma.

La segunda escena con el pastelero marcó un punto de inflexión en Emma: El recuerdo del abuso, que antes no podía procesar, ahora gracias al despertar puberal se transformó en angustia.

(...) La situación presenta otra semejanza: de nuevo está sola en un negocio. Junto con el pastelero es recordado el pellizco a través del vestido, pero ella entretanto se ha vuelto púber. El recuerdo despierta (cosa que en aquel momento era incapaz de hacer) un desprendimiento sexual que se traspone en angustia (Freud, 1895/1976, p. 401)

La pubertad permitió a Emma resignificar experiencias traumáticas de la infancia, ya que el retraso entre el abuso infantil y el despertar sexual mantuvo el recuerdo reprimido. Este periodo marca un punto de inflexión, ya que las sensaciones sexuales emergentes dotan de nuevos significados a esos recuerdos y despiertan afectos que antes no se habían manifestado. Así, a partir de su desarrollo puberal, Emma ahora entiende qué fue lo que pasó y lo resignifica. Esto le permite comprender lo sucedido en la escena II y otorgarle un nuevo sentido, lo que provoca que adquiera un carácter traumático y se manifieste como una fobia. Por eso, Freud (1895/1976) sugiere que todo adolescente lleva en sí el "germen de la histeria" debido a la brecha entre los recuerdos infantiles y el despertar sexual.

Por eso Freud (1898/1976) argumenta que la sexualidad desempeña un papel crucial en la etiología de las neurosis, un enfoque que redefinió la comprensión de las causas de estos trastornos en la época. Las experiencias sexuales infantiles no necesariamente generan efectos patológicos inmediatos, sino que pueden tener un "efecto

retardado" (*"Nachträglichkeit"*), y sus consecuencias emergen más tarde, en la pubertad o adolescencia.

Freud (1895/1976) introduce la idea de "los dos tiempos del trauma", en los cuales las experiencias traumáticas pueden tener un impacto diferido en la vida psíquica, especialmente cuando se reactivan en un segundo momento de la vida del sujeto. Este caso muestra los dos tiempos del trauma de un modo que nos sirve para pensar el valor de lo definido por Lacan (2009), como "après coup". A partir de la resignificación que se habilita en la pubertad, se da la consolidación de un síntoma con el atravesamiento por la nueva realidad sexuada.

Siguiendo esta idea Susana García (2018) plantea que cada sufrimiento es individual, "(...) lo anterior de su modo de relacionarse y lo posterior se juegan en armados imposibles de conocer a priori, infinitos desplazamientos, identificaciones inconscientes, armado siempre en dos tiempos, siempre après coup" (p.27).

En síntesis, la sexualidad está presente desde el inicio en los sujetos, pero adquiere un nuevo significado con el segundo despertar que se produce durante la pubertad. Freud (1895/1976) se refiere a la primera escena como una "vivencia prematura traumática", ya que ocurre antes de la pubertad y, por lo tanto, no puede ser interpretada aún como sexualizada. Tras la pubertad, con la segunda escena, surge la fobia como un mecanismo de defensa ante la sexualidad, a partir de entonces, adquiere el valor de traumática.

Freud (1898/1976) también plantea que las fuerzas pulsionales sexuales acumuladas en la infancia se liberan en la pubertad, y si no encuentran una resolución adecuada (un objeto sexual apropiado), pueden contribuir a la formación de síntomas neuróticos. El "hallazgo de objeto" adecuado en la pubertad, o la falta de este, es clave. Esto se ejemplifica en *La Juventud de André Gide* (Lacan, 2009), donde la falta de un objeto sexual adecuado genera tensiones en el sujeto, afectando su forma de desear y su relación con el goce.

#### 4. El Cuerpo, la Pulsión y el Goce y en la Pubertad

##### 4.1 El cuerpo en Freud

Basándome en el trabajo de Pérez (2023), el cuerpo ocupa un lugar central en la metapsicología freudiana al actuar como mediador fundamental entre lo somático y lo psíquico. Para Freud, cualquier experiencia que adquiera significado psíquico primero debe atravesar el cuerpo, en particular a través de los órganos de los sentidos, que convierten los estímulos en huellas psíquicas. Estas huellas posteriormente, se traducen en representaciones psíquicas.

Esto es relevante porque establece una conexión entre el cuerpo físico y los procesos mentales, mostrando cómo los estímulos corporales son esenciales para la

formación de lo psíquico (Pérez, 2023), ya que el cuerpo funciona como un puente entre lo somático y lo anímico. Este enfoque resalta que el cuerpo no es solo un vehículo biológico, sino un espacio donde lo psíquico se manifiesta, haciendo que las experiencias corporales sean fundamentales para la construcción de la subjetividad y el deseo.

#### 4.2. La pulsión en Freud y Lacan

Freud distingue entre el cuerpo físico (Körper) y el cuerpo vivido o deseante (Leib), y articula la idea de que el cuerpo no es solo una entidad física, sino también una esencia-superficie (Gil, 1995, pp. 40-41). Esto significa que el cuerpo es el lugar donde se proyectan las relaciones entre el sujeto y el entorno. La piel funciona como un límite que separa al cuerpo del exterior, mientras que los orificios corporales son los puntos de entrada y salida para las primeras pulsiones parciales (oral, anal, fálica). Estas primeras experiencias corporales (como alimentarse, defecar, o respirar) son los modos iniciales en los que la pulsión se conecta con el cuerpo. En este estadio, la pulsión aún no está completamente articulada simbólicamente y el cuerpo es un lugar de intercambio material y fantasmal (Gil, 1995).

La pulsión, en la teoría de Freud, es un concepto que describe una fuerza o impulso interno que busca alcanzar una meta de satisfacción. A diferencia de los instintos, que tienen una base biológica clara y un objeto predefinido, las pulsiones no tienen un objeto determinado de antemano, haciéndolas más complejas (Laplanche y Pontalis, 2004).

A la pulsión Freud la sitúa entre lo biológico y lo psíquico, partiendo del cuerpo, pero manifestándose en el aparato psíquico a través de representaciones. Surgen como tensiones internas que generan una demanda sobre el psiquismo que busca liberar esa energía (Laplanche y Pontalis, 2004).

Freud distingue dos tipos de pulsiones principales: la pulsión de vida y la pulsión de muerte. Son dos fuerzas fundamentales, introducidas en su obra *Más allá del principio del placer* (1920) (Laplanche y Pontalis, 2004).

La pulsión de vida (Eros), está asociada a la conservación de la vida, la reproducción y la creación de vínculos. Esta pulsión incluye tanto las pulsiones sexuales como las de autoconservación, y está impulsada por la libido, que es la energía psíquica que moviliza el deseo y la búsqueda de placer (Laplanche y Pontalis, 2004).

En la pubertad, la pulsión de vida se intensifica debido al despertar sexual y el creciente interés en las relaciones interpersonales. Este es un período en el que el adolescente comienza a explorar nuevas formas de deseo y nuevas formas de establecer lazos con otros.

La pulsión de muerte, o Thanatos, es una fuerza que impulsa al sujeto hacia la autodestrucción y el retorno a un estado inanimado. Se manifiesta en comportamientos

destruyentes, repetitivos y agresivos, tanto hacia uno mismo como hacia otros. Freud describe esta pulsión como una tendencia innata a deshacer lo que se ha construido, una especie de impulso hacia la nada (Laplanche y Pontalis, 2004).

Las pulsiones de vida y muerte están en constante conflicto, y este enfrentamiento configura gran parte del comportamiento humano. Estas pulsiones corresponden a dos tipos de energía psíquica: la energía libre, asociada a la pulsión de muerte, y la energía ligada, relacionada con la pulsión de vida. Además, se expresan a través de dos modos de funcionamiento mental: el proceso primario y el proceso secundario (Laplanche y Pontalis, 2004).

Durante la pubertad, la tensión entre las pulsiones de vida y de muerte se intensifica. Los adolescentes buscan establecer vínculos, explorar su sexualidad y conectarse con el mundo (pulsión de vida), mientras enfrentan desorganización y posibles conductas autodestructivas (pulsión de muerte). Este conflicto forma parte de la reorganización psíquica propia de esta etapa, en la que redefinen su lugar y sus relaciones, manifestando comportamientos tanto constructivos como destructivos. Como menciona Freud (1921/1976), Tánatos actúa como una fuerza que destruye lo antiguo para permitir la renovación. La libido, central en la teoría psicoanalítica, se asocia principalmente a las pulsiones de vida, pero también muestra una relación ambivalente con Tánatos, pudiendo dirigir su energía hacia acciones creativas o destructivas (Laplanche y Pontalis, 2004).

Podemos afirmar, a partir de las ideas de Freud y Lacan, que la libido experimenta una transformación significativa durante la pubertad. En este período, los cambios hormonales y físicos intensifican las pulsiones sexuales, lo que provoca una reorganización del cuerpo y del aparato psíquico. Según Freud, la libido, que previamente estaba centrada en figuras principales, se redirige hacia nuevos objetos de deseo, como los compañeros y el entorno social. Sin embargo, durante la pubertad, la libido no se orienta exclusivamente hacia la satisfacción sexual directa. Lacan (2009) subraya que este período es también un momento en el que la libido se vincula estrechamente con el deseo y la construcción de lazos sociales. Para Lacan, el deseo no se limita a lo sexual, sino que implica una búsqueda de reconocimiento y una relación con el Otro, lo cual se refleja en la formación de vínculos sociales y afectivos más profundos. Así, el sujeto se integra plenamente en el orden Simbólico, donde el deseo y el goce juegan un papel fundamental en la configuración de sus nuevas relaciones.

Lacan expande los conceptos freudianos, introduciendo la importancia del lenguaje y la figura del Otro en la formación del deseo. Mientras Freud se enfoca en las pulsiones y el inconsciente, Lacan explica cómo la estructura simbólica del lenguaje y la relación con el Otro transforman y estructuran las necesidades, demandas y deseos. Para él, el deseo siempre es el "deseo del Otro" y está estructurado por la falta, lo que lo hace imposible de

satisfacer completamente, a diferencia de la necesidad, que puede ser satisfecha en un nivel más básico (Lacan, 2009).

Pérez (2023) retoma esta noción de pulsión desde Freud y Lacan, explica, que es una fuerza que atraviesa tanto lo corporal como lo psíquico, transformándose en representación psíquica a través de los estímulos sensoriales.

Gil (1995) utiliza el concepto de pulsión en Lacan al introducir la noción de carencia-en-ser. Para Gil, la pulsión no solo busca satisfacer una necesidad o falta, sino que esta falta está profundamente vinculada a la existencia misma del sujeto. Define la pulsión como una "exigencia de trabajo" (Gil, 1995, p.41), lo que implica que la existencia está marcada por una carencia esencial que se expresa a través de las pulsiones. De este modo, la pulsión no es simplemente un impulso hacia el placer, sino la manifestación de una falta estructural en el ser. En Lacan, la pulsión está ligada a la carencia-en-ser. La pulsión, entonces, surge de esa falta fundamental que tiene su origen en el cuerpo, pero su objeto es siempre inalcanzable. El cuerpo se convierte en el escenario donde la pulsión intenta encontrar satisfacción, pero siempre en un estado de incompletud, lo que lleva a la repetición y a la búsqueda de objetos sustitutos.

Además, Pérez (2023) menciona que en Lacan, los objetos pulsionales como la voz y la mirada, son esenciales en la constitución subjetiva, transformando el encuentro entre lo corporal y lo psíquico en algo estructurado por el lenguaje y el Otro.

¿Cuál es la importancia del Otro en la constitución del deseo? El deseo surge del Otro, el sujeto desea en función de lo que percibe que el Otro desea. Esto significa que el sujeto se posiciona en relación a lo que cree que el Otro quiere de él, buscando satisfacer o responder a esa expectativa. El Otro simboliza lo que el sujeto percibe como faltante. El deseo surge en torno a esa falta, que está estructurada por el lenguaje y las normas impuestas por el Otro. El sujeto desea lo que no tiene, y esa falta es organizada simbólicamente por el Otro (Chemama, 1996).

La demanda del sujeto tiene que ver con una necesidad, pero el deseo es más profundo y está ligado a algo que el Otro le ha mostrado como faltante. La diferencia entre demanda y deseo radica en que la demanda se dirige al Otro para obtener una respuesta a una necesidad, mientras que el deseo se articula en torno a la falta, estructurada por el falo, y nunca puede ser completamente satisfecho. El deseo del sujeto es siempre un intento de responder al deseo del Otro, ya sea de complacerlo, desafiarlo o subvertirlo. Esta dinámica es esencial en la constitución del sujeto (Chemama, 1996).

Recordemos, el falo es un significante Simbólico que representa la falta y el deseo. Toda libido es fálica, lo que significa que tanto hombres como mujeres estructuran su deseo alrededor del falo. Esto se relaciona con la castración simbólica, que surge cuando el niño acepta las leyes del Otro (Nombre-del-Padre). Esto organiza el deseo del sujeto,

siempre orientado hacia lo inalcanzable, con el Otro definiendo lo deseable mediante el lenguaje y la prohibición (Chemama, 1996). Más adelante, se relacionará esta estructura del deseo con la idea de lo clandestino en Gide y Lispector, explorando cómo lo oculto y lo prohibido conforman el deseo y su manifestación en el ámbito de lo no dicho o reprimido.

Freud introduce una distinción entre Eros y Thanatos en su teoría de las pulsiones, explorando cómo, además de buscar el placer, el ser humano es impulsado hacia la repetición y la destrucción. Lacan (2009) retoma esta dualidad en su concepto de goce, que no solo abarca el placer, sino también un disfrute en el exceso que puede llevar al sufrimiento (Chemama, 1996).

En *Introducción al narcisismo*, Freud (1914) describe el narcisismo como una etapa en la que la energía libidinal se dirige hacia uno mismo, para luego transferirse a otros. Lacan expande esta idea con su teoría del Estadio del Espejo, donde el yo se forma a partir de una identificación imaginaria mediada por el deseo del Otro, lo que implica que el yo es dependiente y nunca completamente autónomo. Además, vincula el narcisismo con el ideal del yo, articulando cómo este se configura en relación a las expectativas del Otro, influyendo en el sujeto a lo largo de la vida (Lacan, 2009).

En la identificación primaria, el niño invierte su imagen en el espejo como un objeto de amor narcisista. La investidura de objeto que realiza el niño hacia su imagen en el espejo, en combinación con la mirada de la madre, permite que el niño comience a formarse una representación de sí mismo. Este proceso implica una doble proyección: la madre invierte al niño y el niño invierte su imagen, estableciendo así un circuito entre cuerpo, pulsión y deseo. Esta identificación no es solo una representación del cuerpo como objeto físico, sino también una esencia-superficie donde se proyectan las primeras relaciones afectivas y sexuales, lo que Lacan llama la entrada en el orden Simbólico (Gil, 1995).

#### 4.2.1 La pulsión y la relación con el Otro

Chemama, (1996) en su diccionario nos dice que el concepto de “otro” y “Otro”, hace referencia a dos dimensiones fundamentales dentro del psicoanálisis, especialmente en la teoría lacaniana.

Otro con mayúscula (A), hace referencia a una instancia simbólica. Este Otro es aquel en el cual se sitúa el deseo y el goce. En términos de Lacan, es el “Nombre-del-Padre” quien articula la ley, o lo que representa el lugar del significante del Otro en el sujeto. Este Otro es el espacio donde el inconsciente del sujeto encuentra sentido, en tanto es también desde allí que se ordenan las relaciones sociales y de parentesco. Es en el Otro donde se codifican las reglas del lenguaje y la estructura de las relaciones simbólicas. El Otro no es una persona, sino una estructura que organiza lo que es posible decir o desear (Chemama, 1996).

El otro con minúscula (a), se refiere más a la dimensión imaginaria, el compañero imaginario o la imagen especular que se presenta como alteridad en relación al yo. Este "otro" es el compañero imaginario o rival del niño, la imagen que ayuda a constituir el yo en la fase del estadio del espejo. Es la imagen en la que el sujeto se reconoce o confronta, vinculada al yo y la rivalidad (Chemama, 1996).

Aunque distintas, estas dimensiones se entrelazan: la identidad imaginaria del sujeto (otro) está siempre estructurada por las leyes y el lenguaje que vienen del Otro Simbólico (Chemama, 1996).

Como dice Gil (1995) el complejo de Edipo y la castración introducen una regulación a las pulsiones. La castración implica la renuncia a la satisfacción directa de las pulsiones (particularmente sexuales) y la prohibición del goce pleno del cuerpo. El niño se enfrenta a la ley del padre, que limita su acceso al objeto de deseo (la madre) y lo obliga a reorientar sus pulsiones hacia otros objetos aceptables dentro de las normas sociales. Esta prohibición y regulación no elimina la pulsión, sino que la redirige y la canaliza hacia otros objetos o formas sublimadas de satisfacción. A partir de la castración, el cuerpo ya no puede ser un lugar de goce directo, sino que el goce se desplaza y se estructura simbólicamente (Gil 1995).

#### 4.3 El cuerpo según Lacan

Pérez (2023) explica el concepto del cuerpo según Lacan, quien lo aborda en tres registros: Real, Simbólico e Imaginario. El cuerpo Imaginario, según Lacan, se refiere a la imagen del cuerpo que el infante percibe desde el exterior, ya sea a través del espejo o de la imagen del otro. Es mediante esta identificación con una imagen externa que se construye el yo y, al mismo tiempo, la noción del propio cuerpo. Sin embargo, este proceso de identificación se basa en una "buena imagen" que el sujeto adopta como propia, aunque esta construcción es, en cierto sentido, una ilusión.

En cuanto al cuerpo Simbólico, Lacan subraya que este se encuentra influenciado por el lenguaje. El ingreso al lenguaje desnaturaliza al cuerpo, lo cual implica una pérdida del cuerpo Real, que nunca puede ser recuperado o simbolizado completamente. El lenguaje impone una serie de significantes sobre el cuerpo, como una "parasitización" (Pérez, 2023, p. 90), lo que produce una distancia entre el cuerpo Real y su representación simbólica (Pérez 2023).

Finalmente, el cuerpo Real es lo que no puede ser simbolizado ni captado completamente. El cuerpo Real no se refiere al cuerpo anatómico tal como lo concibe la medicina, sino a un cuerpo que resiste ser nombrado y que está más allá de cualquier representación imaginaria o simbólica. Este cuerpo Real está en constante tensión con los otros dos registros, y no puede ser totalmente apropiado por el sujeto (Pérez 2023).

Retomando la pregunta inicial del trabajo: ¿Cómo pensar al sujeto en relación con su cuerpo y su psique?, desde una perspectiva psicoanalítica, cuerpo y psique están profundamente interrelacionados. El cuerpo no es solo físico, sino también un espacio Simbólico donde se inscriben las marcas del Otro y los significantes que estructuran la subjetividad. Como señala Lacan, el cuerpo es un "regalo del lenguaje" (Pérez, 2023, p. 338), adquiriendo su sentido a través del lenguaje y los discursos que lo atraviesan.

Por lo tanto, no podemos separar cuerpo y psique; ambos forman una unidad en la experiencia subjetiva. Aunque tienen dimensiones específicas (el cuerpo en lo físico y la psique en lo simbólico), se articulan mutuamente. El sujeto se constituye en esta interacción, donde su corporalidad, sus procesos psíquicos y los significantes que lo estructuran juegan un papel crucial.

#### 4.4. El cuerpo en la pubertad: La metamorfosis y lo Real

Alba Flesler es una psicoanalista argentina reconocida por su trabajo en el campo de la infancia y la adolescencia. Desde una perspectiva lacaniana, investiga los procesos de subjetivación en estos períodos. Flesler (2011) plantea que el sujeto en la consulta "más qué edad, tiene tiempos" (p. 30), refiriéndose a una visión que desplaza la edad cronológica como eje del desarrollo psíquico del sujeto, destacando en su lugar los momentos o tiempos estructurales que atraviesa durante su proceso de subjetivación. En la clínica psicoanalítica, esto implica atender a tiempos subjetivos, los cuales son singulares para cada sujeto y no dependen exclusivamente de su edad.

Estos "tiempos" representan hitos psíquicos que se manifiestan a ritmos diferentes en cada persona y se articulan con los registros Real, Simbólico e Imaginario, según los planteamientos de Lacan. Flesler (2011) conceptualiza los tiempos del sujeto tomando en cuenta la dinámica entre estos registros, lo cual permite comprender cómo cada momento estructural tiene un peso particular en la experiencia subjetiva. Si bien todos los registros están presentes a lo largo del desarrollo, en ciertos momentos, puede observarse un predominio de uno de ellos.

A continuación, brevemente expondré los tiempos del sujeto tal como los conceptualiza (Flesler, 2011), en relación con Freud y Lacan:

1. Ser o no ser el falo – Predominio del Imaginario. Este primer tiempo está ligado al registro Imaginario, donde el niño no distingue si él "es" o "tiene" el falo, una noción ligada al deseo de la madre. El niño aún se identifica con lo que el Otro (usualmente la madre) desea que él sea. Esto se da en el "campo especular", un ámbito de imágenes donde el niño es lo que percibe que el Otro desea (Flesler, 2011).

2. Primer despertar sexual / Instante de la mirada – Predominio del Real. En esta etapa, marcada por el primer despertar sexual, Freud ubica al niño en una fase fálica,

enfrentándose a la diferencia anatómica y al goce (una experiencia intensa y en parte incomprensible). Predomina el registro Real porque este encuentro con el cuerpo y el goce no se puede simbolizar completamente; es una experiencia directa, que sacude y desestabiliza la psique (Flesler, 2011).

3. Ser o tener el falo – Predominio del Imaginario. Aquí el niño empieza a diferenciar si "tiene" o "no tiene" el falo, lo que marca la entrada en la diferencia sexual. Sigue predominando el Imaginario, pero ya no se trata de "ser" el falo para el deseo del Otro, sino de "tenerlo" o "no tenerlo". Esto se vive también en el campo de imágenes y espejismos, y organiza nuevas identificaciones en el niño (Flesler, 2011).

4. Latencia / Tiempo de comprender – Predominio del Simbólico. Este período, asociado a la represión sexual y la construcción del superyó, es un momento activo en el cual el niño empieza a organizar y dar sentido a sus experiencias anteriores. Aquí el registro Simbólico predomina, ya que el niño incorpora normas y significados, dando estructura a las experiencias de goce y deseo de fases previas (Flesler, 2011).

5. Segundo despertar sexual / Inicio del drama puberal – Predominio del Real. Flesler (2011), sostiene que en esta etapa el registro Real vuelve a predominar, ya que el sujeto se enfrenta nuevamente con el goce sexual, pero esta vez en un cuerpo que está transformándose. La pubertad implica un nuevo reordenamiento del goce y el deseo, que se experimenta como algo difícil de simbolizar. La relación del sujeto con su cuerpo y su sexualidad en este tiempo genera una crisis y una reconfiguración subjetiva. Este momento está dominado por el Real, ya que la intensidad del goce y los cambios físicos sobrepasan las capacidades de ser simbolizados. Aunque el Imaginario y el Simbólico siguen actuando, el Real predomina en esta experiencia cruda e impactante.

6. Momento de concluir / Precipitado fantasmático – Interacción de Real, Simbólico e Imaginario. Es un tiempo donde el sujeto, según Lacan, necesita concluir y responder a su proceso de subjetivación iniciado en la pubertad, elaborando un "precipitado fantasmático" que entrelaza los tres registros. Aquí se unen los registros RSI para reorganizar la estructura psíquica del sujeto, quien debe articular su deseo, su relación con el goce y su lugar frente al Otro (Flesler, 2011).

Recapitulando, Flesler (2011) sostiene que, en el proceso de constitución subjetiva, son los momentos significativos (más que la edad cronológica) y el predominio de uno de los registros (Real, Simbólico o Imaginario) en cada tiempo estructural lo que resulta fundamental para comprender la subjetivación. La pubertad, en particular, emerge como una crisis, ya que el sujeto se enfrenta a su cuerpo en transformación y al goce de un modo inédito y complejo, que desafía las capacidades de simbolización e integración en los registros previos. La transición no es sencilla: implica dejar atrás modos infantiles de satisfacción para abrirse a experiencias más adultas, como la sexualidad genital y la

relación con el otro. Este proceso de redistribución, lejos de ser automático, suele generar angustia y demanda un trabajo psíquico significativo. Recordemos que Freud (1905/1986) describe la pubertad como un túnel, aunque la sexualidad emerge desde el inicio de la pubertad, esto no implica necesariamente que se exprese o se lleve a cabo de inmediato.

Sin embargo, Flesler (2011) advierte que no siempre este proceso de redistribución de los goces ocurre de manera fluida. Si el sujeto no logra transitar adecuadamente este tiempo, puede quedar atrapado en formas anteriores de goce, lo que puede generar dificultades para establecer una relación simbólica más madura con el cuerpo y con el Otro.

La autora también señala que, durante la pubertad, los agujeros del organismo (como la boca, los oídos, los genitales y el ano) se reorganizan como faltas del cuerpo, pasando de ser solo fuentes de goce a lugares donde el sujeto percibe un vacío que genera deseo. En el psicoanálisis lacaniano, estos agujeros, vinculados desde temprano al goce como zonas erógenas, son puntos donde el cuerpo se abre a lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real, y desempeñan una función tanto biológica como psíquica. Este proceso de simbolización implica que el sujeto ya no los entiende únicamente como sitios de placer, sino también como espacios que reflejan lo que falta para completar al sujeto y que impulsan su deseo hacia el Otro. Por ejemplo, la transición de la oralidad infantil, ligada al placer de la alimentación, hacia una sexualidad adulta, en la que la boca se asocia también a lo afectivo y lo sexual, evidencia cómo la relación con estos agujeros cambia, reinscribiendo el goce en un plano más Simbólico. Este cambio marca la entrada a la sexualidad adulta, donde el sujeto busca en el Otro aquello que percibe como ausente en sí mismo (Flesler, 2011).

#### 4.5. El concepto de goce en Lacan

El goce, para Lacan, es una forma de satisfacción que trasciende el placer, ubicándose en los límites del cuerpo y su relación con el Otro. Mientras que el principio de placer busca reducir la tensión y mantener el equilibrio, el goce puede implicar la transgresión de ese límite, llevándonos más allá de lo placentero hacia algo más enigmático, que incluso puede ser doloroso. El goce no se reduce a una pura descarga de energía o satisfacción física; está atravesado por el lenguaje, lo que significa que el goce nunca es directo ni completamente accesible, ya que siempre está mediado por el discurso y las leyes del lenguaje (Chemama, 1996).

Desde esta perspectiva, Gil (1995) plantea que la piel y el cuerpo se transforman en una superficie de goce, donde se pone en juego la tensión entre la pulsión y las restricciones impuestas por el Otro. Así, el cuerpo se convierte en el escenario donde se manifiestan los conflictos entre el deseo y las limitaciones que surgen de la relación con el Otro.

Lacan distingue entre el goce fálico y el goce femenino para explicar cómo el sujeto, según su posición en la estructura del lenguaje y el deseo, experimenta el goce. El goce fálico está relacionado con el falo y se considera "castrado" porque está estructurado por las reglas y prohibiciones del orden Simbólico, especialmente las de la castración simbólica. Este tipo de goce se vincula estrechamente con el deseo y la insatisfacción estructural del ser humano, ya que nunca puede ser plenamente satisfactorio, siempre marcado por una falta fundamental. En la pubertad, el sujeto se confronta con la realidad de que su deseo sexual está mediado por esta falta, lo que refuerza la noción de la imposibilidad de alcanzar un goce completo y absoluto (Chemama, 1996).

El goce femenino, según Lacan, se distingue del goce fálico porque no está completamente regulado por las reglas del orden Simbólico. Se trata de un goce enigmático que va más allá del falo y no puede ser totalmente simbolizado por el lenguaje, lo que Lacan denomina "no-todo" (Chemama, 1996, p.197). A diferencia del goce masculino, que se inscribe en una lógica de totalidad y se estructura en relación con el Otro y la ley simbólica, el goce femenino mantiene una relación más ambigua con el Otro, sin quedar completamente sometido a la castración simbólica.

Lacan describe la diferencia entre los sexos como una brecha irreductible o "hiato" (Chemama, 1996, p.197), ya que cada uno se relaciona de manera distinta con el goce y el Otro. Mientras que el goce masculino se organiza alrededor de una falta y busca una "completud" en la relación con el Otro, el goce femenino se caracteriza por su dimensión de "no-todo", que no se ajusta a la lógica de completud. Así, aunque las mujeres también pueden experimentar el goce fálico, tienen acceso a un goce más enigmático y vinculado a lo Real, que escapa a las categorías habituales de simbolización. En su seminario *Aún* (1972-73), Lacan subraya la dificultad de describir este tipo de goce, ya que no puede ser plenamente comprendido ni representado dentro del marco Simbólico (Chemama, 1996).

Desde esta perspectiva, el cuerpo se convierte en un espacio central donde la pulsión y el deseo se entrelazan con las normas sociales y el Otro. Como indica Gil (1995), la pulsión surge del cuerpo, pero su satisfacción nunca es completa, ya que siempre está mediada por la "carencia-en-ser" (Gil, 1995, p. 41) y regulada por el Otro. Esta dinámica es crucial revela cómo el cuerpo se convierte en una superficie de goce que está en constante tensión entre la búsqueda de satisfacción pulsional y las restricciones simbólicas. En este entramado, el cuerpo es a la vez el lugar donde se manifiestan los goces y el espacio donde se evidencia la imposibilidad de una satisfacción plena, mediada por el deseo y la falta (Gil, 1995).

La importancia de esta articulación entre el cuerpo, la pulsión y la falta radica en que, durante la pubertad, el sujeto comienza a enfrentarse de manera más directa a estas tensiones. El cuerpo, entonces, no solo es fuente de goce, sino también de límites, lo que

pone en juego la estructura del deseo y las formas en que los adolescentes lidian con su sexualidad y su relación con el otro y el Otro.

## 5. Juventud de Gide o la letra y el deseo

En 1958, Lacan escribió *Juventud de Gide, o la letra y el deseo*, inspirado en la biografía de Delay. Como destaca Soria (2017), André Gide consideraba su obra un intento de descifrar el enigma de su propia persona. En este texto, Lacan (2009) analiza la relación entre el lenguaje, el alma y los escritos íntimos de Gide (G de aquí en adelante). Según Delay, G utilizó a sus personajes como vehículos de catarsis, logrando a través de ellos un auténtico autoanálisis.

La vida de G influyó profundamente en su obra, a lo largo de su existencia, buscó distintas "soluciones" para rescatarse de su malestar. Lacan (2009) señala que G era un sujeto no deseado, fruto de un matrimonio infeliz. Su madre, puritana y estricta, lo educó con un fuerte sentido del deber, reprimiendo su deseo, mientras que su padre, aunque amable, permanecía distante, refugiado en su estudio. Esto dejó una huella profunda en su vida. Como señala Delay (1956, citado por Soria, 2017), G expresó: "Si mi padre se hubiese ocupado él mismo de mi educación, mi vida habría sido muy distinta" (p. 534).

La relación de G con sus padres está marcada por un fuerte contraste familiar. Del lado materno, las mujeres, a lo largo de dos generaciones de alianzas protestantes, impusieron una rígida moral y control, creando un entorno de "maternaje moral" que, según Lacan, convirtió a los hombres de la familia en caricaturas. Del lado paterno, la historia era distinta, más vinculada al mundo académico, con un padre que tuvo una destacada carrera en el derecho. Sin embargo, su prematura muerte dejó a G sin una figura sensible, que solo encontró liberación de un matrimonio infeliz a través de la muerte, como Lacan (2009) señaló

El niño Gide, entre la muerte y el erotismo masturbatorio, del amor no tiene más que la palabra que protege y la que prohíbe; la muerte se ha llevado, con su padre, la que humaniza el deseo. Por eso el deseo está confinado, para él, a la clandestinidad. (p, 716)

Lacan (2009) describe la "clandestinidad" del deseo en la experiencia del niño G, quien, tras la muerte de su padre, pierde la figura que podría haber humanizado su deseo. La figura paterna, en la visión de Lacan, introduce la Ley simbólica que regula el deseo, actuando como un límite Simbólico (Nasio, 1996). Al perder a su padre, G queda sin esa mediación que ordena simbólicamente el deseo, haciendo que su deseo se vuelva clandestino, algo que debe mantenerse oculto y fuera del ámbito de la ley y lo socialmente regulado.

La castración, según Lacan, es el proceso que separa al niño de la madre, rompiendo el vínculo imaginario en el que el niño ocupa el lugar del falo Imaginario para

satisfacer el deseo materno. Este proceso, facilitado por la intervención del padre como representante de la Ley simbólica que prohíbe el incesto, permite al niño diferenciarse de la madre e ingresar en el orden del lenguaje y la cultura. Así, el padre introduce la separación que humaniza el deseo del niño, transformándolo en un deseo regulado por las normas sociales y el lenguaje. Este proceso permite que el deseo se oriente hacia lo que falta, construyendo la subjetividad del niño en función de la ausencia y la prohibición (Nasio, 1996).

A pesar de la muerte prematura del padre de G, cuando él tenía alrededor de 11 años, su figura parece que no llegó a ocupar plenamente el lugar de la Ley simbólica. Con su ausencia, G quedó bajo el control del amor posesivo de su madre, quien volcó en él todas sus expectativas y afectos. Lacan (2009) menciona que G "(...) dice haberse sentido "súbitamente envuelto por aquel amor que de allí en adelante se cerraba" sobre él en la persona de su madre" (p. 712). Esta relación simbiótica, lejos de ser protectora, lo convirtió en el centro exclusivo del afecto materno, dejando una marca profunda en su vida y obra. Al reflexionar sobre la relación entre G y su madre, Lacan (2009) dice:

Y, más allá, este Edipo convertido en nombre común y del que se habla como de un armario, tras haber sido la enfermedad a los estragos de la cual Gide opuso un sarcasmo para él menos costoso que antes. (...) ¿Qué fue para ese niño su madre, y esa voz por la que el amor se identificaba con los mandatos del deber? (p, 712)

Existen múltiples maneras en que las madres pueden amar a un niño. Aunque Delay, no ofrece un mapa exacto de las identificaciones complejas que moldearon a G, se adentra desarrollando los elementos clave del discurso de la madre. Lacan (2009) se refiere a los "estragos" en la relación entre G y su madre como los efectos destructivos o perturbadores que la relación con una madre excesivamente controladora o absorbente puede tener en el sujeto. Estos "estragos" no son sólo conflictos superficiales, sino daños más profundos en la estructura psíquica, que pueden afectar las relaciones futuras y la manera en que el sujeto se posiciona frente al deseo, el amor y la autoridad. En el caso de G, parece sugerir que el sarcasmo que desarrolló hacia el Edipo y los problemas relacionados con su madre fueron una estrategia para lidiar con esto de una manera menos costosa y menos dolorosa.

La separación entre el amor y el deseo en la relación de G con su madre lo colocó en una posición donde no fue ni deseado ni valorizado en términos fálicos, generando una "sustracción simbólica" que afectó profundamente su estructura de deseo y su vínculo con la vida (Otero, 2018, citando a Miller, 1990, p. 76). Esto significa que G no fue reconocido como una figura deseable o investida de poder por su madre. Según Lacan, en la economía simbólica del deseo, la madre no lo colocó en el lugar del falo Imaginario, que representa el

significante del deseo y la falta. Al no ocupar esta posición simbólica, G quedó fuera del lugar que podría haber satisfecho el deseo de su madre, lo cual impactó su estructuración subjetiva y su forma de relacionarse con el amor y el deseo (Nasio, 1996).

Lacan (2009) destaca cómo Delay profundiza en las influencias más profundas de la vida de G, especialmente la figura materna, a la que G describía como una sombra constante en su vida. Ese vacío en la relación con su madre fue llenado por G con fantasías y "monstruos" que surgieron en su infancia (Lacan, 2009, p. 713). Según Lacan (2009), G desarrolló mecanismos de defensa, como el humor, para enfrentar la "fisura" que comenzó a devorarlo, un conflicto que se reflejó en su incapacidad para formar relaciones satisfactorias con figuras femeninas, simbolizadas por la imagen de una mujer que, al quitarse el velo, revela un agujero negro o se desintegra en un flujo de arena.

Este abismo en la psique de G parece originarse en la frustración o imposibilidad de experimentar un goce pleno, dejando un vacío emocional. Lacan vincula este vacío con el "goce primario" (Lacan, 2009, p. 714), donde placer y sufrimiento se entrelazan. Un ejemplo de ello es la "destrucción de un juguete querido" (Lacan, 2009, p. 714), que simboliza la pérdida de la inocencia y la impotencia ante lo valioso. Lacan también menciona la "extraña metamorfosis de Gribouille", un personaje de la literatura francesa conocido por sus decisiones absurdas, que se transforma en una "ramita verde" que sigue la corriente del río y ante esto G alcanza el orgasmo (Lacan, 2009, p. 714). Esta metáfora sugiere como lo trágico y lo absurdo pueden convertirse en una experiencia de placer. El río simboliza el flujo de la vida o del inconsciente, mientras que la ramita verde representa algo frágil pero vivo. En este contexto, el orgasmo es una breve liberación de los abismos internos de G.

Otero (2018) señala que, según Lacan en su Seminario 5, el niño G encontraba excitación sexual en situaciones catastróficas, como la destrucción de sus juguetes o la fundición de sus soldados de plomo. Estas escenas son interpretadas por Otero como manifestaciones del dolor existencial que Lacan vincula a la melancolía y a la identificación con el "objeto a", reducido a un desecho.

Considerando todo lo anterior, Lacan reflexiona sobre la dinámica de G, subrayando la relación con su madre, el contraste generacional y el impacto profundo que la figura paterna tuvo en su vida, tanto por su influencia como por su ausencia. La función del deseo materno, un factor clave en la constitución subjetiva del niño, puede estar ausente o distorsionada, lo que provoca efectos significativos en el sujeto. El caso de G ilustra cómo las funciones edípicas no se establecen de manera definitiva en los primeros años de vida, sino que continúan operando y moldeando la subjetividad hasta pasando o durante la pubertad. El artículo de Otero (2018) destaca la importancia de ciertos encuentros que dejan marcas decisivas en la vida de una persona, capaces de modificar su destino.

## 5.1 Otras Influencias en la Formación de André Gide: Escenas y Encuentros Decisivos

Hasta ahora, nos hemos centrado en las figuras materno y paterno como elementos clave en la formación de André Gide. No obstante, es crucial reconocer otros encuentros que también dejaron huellas profundas en él.

### 5.1.1 Los sollozos de las sirvientas

En su infancia, G escucha en secreto los sollozos de las sirvientas Marie y Delphine la noche antes de la boda de esta última:

El psicoanalista no puede sino detenerse ante la pantalla, tanto más picante aquí, sin duda, de que Marie debía ser en lo futuro uno de los dragones vigilantes de aquello de lo que no era menester que el niño fuese pródigo.  
(Lacan, 2009. p, 713)

Lacan (2009) destaca que Marie se convertiría en una figura que protege celosamente un secreto o algo que debe permanecer oculto al niño. El silencio de G frente a lo escuchado sugiere que, desde temprano, aprendió a reprimir sus emociones y a no hablar de ciertos temas. Este silencio no solo es externo, como señala Lacan, crea un reino taciturno interno, donde las virtudes son en realidad poderes sombríos que refuerzan la represión y el conflicto interno. Así, esta experiencia aparentemente trivial podría haber contribuido a la formación de una personalidad introspectiva y compleja en G, donde lo que se percibe como virtud (el silencio y el autocontrol) está en realidad alimentado por conflictos internos no resueltos.

### 5.1.2 La escena de seducción como punto de inflexión

Lacan (2009) vincula el caso de G con una forma particular de perversión que va más allá del primer tiempo del Edipo, sugiriendo que su identificación fálica se produce en la pubertad tras la escena de seducción con su tía.

Otero (2018) analiza la relación de G con su madre, destacando que, al ofrecer un amor protector pero carente de deseo, se limita la capacidad del niño para la falicización. La ausencia del padre (función paterna) refuerza esto. En este contexto, el papel central de Mathilde Rondeaux, tía de mala fama, al intentar seducir a G, le proporciona las únicas señales de un deseo, aunque traumático debido a la falta de una mediación adecuada (como la de un padre o figura que ayude a elaborar ese deseo).

El mito más conocido de Fedra trata de su amor por su hijastro Hipólito. Consumida por el deseo, lucha entre sus sentimientos y el deber moral. Al ser rechazada por Hipólito, Fedra, por vergüenza y desesperación, lo acusa falsamente de seducción, lo que provoca su muerte y el suicidio de Fedra (Miate, 2023).

Lacan (2009) compara esta escena de seducción con la figura de Fedra, sugiriendo que fue clave para introducir a G en una dinámica de deseo. La figura de Fedra está asociada con el deseo prohibido, la culpa, la tragedia y complejas formas de seducción. En este contexto, Lacan insinúa que el deseo de G, al igual que el de Fedra, es trágico y conflictivo, dominado por fuerzas psíquicas inconscientes e inconfesables.

Lacan (2009) interpreta esta escena de seducción como la primera confrontación de G con la ley del deseo, encarnada en la figura de su tía, lo que convierte a G en el "niño deseado". A partir de esta experiencia de falicización, donde recordemos "falo" en el psicoanálisis lacaniano funciona como un símbolo de poder, deseo y falta. G experimenta el deseo y la autoridad de su tía de una forma que lo marca profundamente. Esta vivencia tiñe su percepción de la dinámica de poder y deseo, influyendo en sus propios deseos. Lacan destaca que, al identificarse con su tía, G desarrolla un deseo hacia otros niños, quienes quedan influenciados por la forma en que él mismo vivió la experiencia de las caricias. Esto refleja una dimensión de su deseo que se entrelaza con la sexualidad y el poder que G percibió sobre sí mismo durante ese momento.

### 5.1.3 La reacción del tío Charles

La escena del tío Charles gira en torno al momento en que G le confiesa haber perdido su virginidad. Al escuchar esto, su tío reacciona con furia, llegando a comparar el acto con un parricidio. Esta reacción evidencia cómo, en su entorno familiar, la sexualidad se considera una transgresión grave, cargada de un profundo significado moral y simbólico. Lacan (2009) indica que este conflicto refleja las "incompatibilidades de herencia que se agrían en su sangre" (p. 710), señalando el dilema interno de G, dividido entre la estricta moral protestante de su madre y la tradición intelectual de su padre. Este choque se vuelve más fuerte durante la pubertad, una etapa clave en la que el despertar sexual hace que las pulsiones y el goce sean más evidentes.

Como ya se mencionó, las funciones edípicas, no se resuelven por completo en la infancia, sino que siguen operando durante la pubertad, tal como se evidencia en el caso de Gide. Otero (2018) se pregunta: ¿Qué sucede cuando el deseo materno no se ha integrado adecuadamente en la formación subjetiva? Este conflicto puede prolongarse hasta la pubertad, afectándolo y generando profundas marcas en su vida. La pubertad, concebida como un momento bisagra, representa un período de transformaciones en el que el joven debe construirse en medio de influencias contradictorias.

### 5.1.4 Amor embalsamado

"Una tarde, (...) fue para él la cita con su destino, la iluminación de su noche y su compromiso con los anhelos." (Lacan, 2009, p. 716). Este momento decisivo para G ocurrió

cuando, a los trece años, presencié la vulnerabilidad de su prima Madeleine, llorando desconsolada tras descubrir una infidelidad de su madre. Esta escena dejó una huella imborrable, marcando un antes y un después en su vida, y despertando en él un profundo deseo de protegerla, al punto de decidir que se casaría con ella:

“Porque en su situación de muchacho de trece años, presa de las más “rojas tormentas” de la infancia, y en presencia de una muchacha de quince, esa vocación de protegerla signa la intromisión del adulto.” (Lacan, 2009, p.716)

"Las más rojas tormentas" metáfora que evoca la turbulencia de los cambios físicos y psíquicos, que vienen acompañados de una confusión propia de este tiempo de transición. Esta escena, en la que G se siente impulsado a intervenir, marca una iniciación prematura en el mundo adulto. En lugar de dar comienzo a un momento de descubrimiento y exploración (que habilita la pubertad/adolescencia), decide asumir un rol protector. Este momento es crucial, pues cristaliza la vulnerabilidad de Madeleine y redefine la relación entre ambos. Su deseo de salvarla, lo lleva a ocupar un lugar propio de un adulto, lo que interrumpe su proceso.

Lacan (2009) sugiere que Madeleine, desde antes, pero especialmente tras la muerte de la madre de G, asume un papel materno en su vida, tanto en lo simbólico como en lo emocional, con una función inhibidora. La relación entre ambos se convierte en "un amor embalsamado" (p. 717), un amor "muerto" que idealiza la pureza y la virtud, pero carece de deseo sexual. Para G, amar a Madeleine era amar "la virtud misma", lo que lo alejaba de cualquier impulso erótico. Según Lacan, este amor es narcisista, centrado en preservar una imagen idealizada de lo femenino y evitando enfrentar el deseo sexual. Madeleine se transforma en una figura de control, perpetuando una relación estancada, donde el ideal sustituye la experiencia del deseo.

En la pubertad, cuando el sujeto se enfrenta al deseo sexual, el cuerpo se convierte en un terreno de tensiones y descubrimientos. Sin embargo, en G, este enfrentamiento se ve truncado, como muestra su relación con Madeleine. Esta construcción refleja la dificultad de este para lidiar con el deseo en una etapa donde el cuerpo y el goce sexual son fundamentales para la formación de la subjetividad.

El ideal del yo es clave para Freud y Lacan. Freud lo ve como un sustituto del yo ideal que, al internalizar normas parentales y sociales, regula la conducta mediante la sublimación y represión de deseos. Lacan lo concibe como una instancia simbólica, formada en la fase del espejo, que representa la imagen ideal que el sujeto busca alcanzar según las expectativas del "Otro". Ambos coinciden en que el ideal del yo equilibra las exigencias internas y externas (Chemama, 1996). Además, exploran el concepto del superyó: Freud lo define como una instancia crítica surgida tras el complejo de Edipo, que actúa como juez interno, reprimiendo deseos y regulando la moral. Lacan, aunque comparte esta función,

introduce un matiz paradójico, señalando que el superyó no solo reprime, sino que incita al goce mediante mandatos imposibles. Así, mientras el ideal del yo aspira a un modelo ideal, el superyó en Lacan simultáneamente promueve y prohíbe el goce (Laplanche y Pontalis, 2004).

Lacan (2009), siguiendo a Freud, desarrolla la idea de la escisión del yo, donde las identificaciones se dividen en una parte consciente y otra inconsciente, cargada de deseos reprimidos. Utiliza la metáfora de la máscara para explicar cómo el ideal del yo, influido por el Otro, es una construcción que reprime los deseos del sujeto. Esta máscara oculta y a la vez refleja la imagen ideal impuesta por el Otro, que el sujeto adopta inconscientemente, sacrificando sus propios deseos. En el caso de G, su relación con el deseo se juega en este terreno de máscaras, influenciado por la ausencia de la figura paterna y la relación de carencia simbólica con su madre, marcada por la falta de reconocimiento y deseo. La falta de una figura que mediara el deseo relegó sus pulsiones a lo clandestino, alimentadas por figuras como su tío, cuyas reacciones reforzaron la idea de la sexualidad como transgresión, y su tía, que se convirtió en un referente de poder y deseo. Estas influencias moldearon a G en medio de la tensión entre lo prohibido y lo deseado (Lacan, 2009).

En este contexto, la figura de Madeleine se liga profundamente con el Ideal del Yo de G. Lacan (1987) analiza cómo Madeleine encarna para él la virtud, la pureza y la perfección moral, convirtiéndose en el centro de su idealización. Este ideal funciona como una máscara que oculta sus deseos reprimidos, especialmente los relacionados con la sexualidad. La escisión de G refleja el conflicto entre su identidad consciente y sus deseos inconscientes, que no puede integrar. Lo clandestino en G surge de todo aquello que no puede manifestar abiertamente: sus deseos sexuales, que chocan con las expectativas sociales y con su propio Ideal del Yo. Lacan interpreta esta clandestinidad como el modo en que G gestiona su conflicto interno, relegando sus deseos a un ámbito secreto, fuera de su vida pública y de su relación con Madeleine, donde no confronta las exigencias morales de su Ideal del Yo.

También podríamos pensar el carácter clandestino de estos deseos está relacionado con la culpa y la vergüenza que G siente respecto a su sexualidad, lo que explica por qué mantenía una doble vida: por un lado, el amor idealizado por Madeleine, y por otro, el deseo oculto que lo llevaba a relaciones que se mantenían fuera del marco de lo socialmente aceptado. Esto refuerza la idea de escisión, porque sus deseos reales y su vida erótica no pueden coexistir con su identidad consciente sin entrar en conflicto, obligándolo a vivir esta parte de sí mismo en la clandestinidad, fuera del control del Ideal del Yo.

Lacan (2009) plantea que el síntoma puede interpretarse como una metáfora que refleja las tensiones entre el deseo y las restricciones, manifestándose tanto en lo externo como en la estructura psíquica del sujeto. En el caso de G, el síntoma no es simplemente

un "soplo de voz" (p. 711), sino una creación significativa que articula sus conflictos internos y emocionales, transformando sus vivencias en algo con sentido propio. Al hablar del "gasto en la operación significativa" (p. 711), Lacan se refiere al costo psíquico y emocional que conlleva convivir con un síntoma, que en G se presenta como una expresión personal trabajada a través del lenguaje y el significado, elevándose a una especie de creación poética que da testimonio de su mundo interior.

El caso, no solo revela la tensión entre el deseo y la moralidad, sino también cómo su subjetividad se articula a través de los síntomas, los cuales funcionan como metáforas que condensan su lucha interna. En la pubertad, un período crucial de transformación, donde los deseos emergen con mayor intensidad, el proceso de simbolización le permite a G manejar y expresar, aunque de forma encubierta, conflictos inconscientes que marcan su vida. Los síntomas que aparecen en este momento reflejan los desafíos propios de la pubertad, en la que el sujeto debe reestructurar su relación con el deseo, la sexualidad y el Otro.

## 5.2 El Deseo, la Perversión y la Melancolía en Gide

En *Juventud de Gide o la letra y el deseo* (2009), Lacan explora cómo, en la pubertad, el cuerpo y el goce se transforman, marcando un momento crucial en la formación de la subjetividad. Introduce el concepto de "la letra del deseo", mostrando cómo el deseo se articula a través del lenguaje simbólico, y cómo, en esta etapa, el choque entre lo Simbólico (la letra) y lo Real (el cuerpo) se intensifica. Lacan relaciona a G con la perversión y el complejo de Edipo, señalando que el Edipo en G no se completó de manera tradicional, lo que afectó su relación con el deseo y la sexualidad, al quedar truncado el proceso de aceptar la "ley del padre".

En psicoanálisis, la perversión no alude a un comportamiento moralmente incorrecto, sino a una estructura psíquica en la que el sujeto no acepta la ley simbólica del padre. Lacan (2009) ve esta estructura en Gide, cuyo deseo sexual se desvía de lo normativo. G evade la "castración simbólica", que implica renunciar a ciertos deseos para ajustarse a las normas sociales, canalizando sus deseos sexuales en relaciones clandestinas mientras idealiza su relación con Madeleine. Esta función de "máscara", muestra cómo G lucha por conciliar su identidad consciente, basada en normas sociales, con sus deseos inconscientes, lo que genera una profunda alienación.

La noción de lo clandestino en G se puede entender desde las ideas de Lacan sobre el falo y el deseo. Lacan sostiene que el falo simboliza la falta y el deseo, y organiza las relaciones del sujeto con el Otro y el orden Simbólico. En el caso de Gide, su deseo se vuelve clandestino, al no tener la regulación simbólica que ordena lo socialmente aceptable. Así, su deseo por los jóvenes, contrario a las normas, queda fuera del ámbito público, lo que

genera una doble vida marcada por la escisión entre su Ideal del Yo y sus deseos reales. Lacan (2009) ve esta clandestinidad como una forma de gestionar el conflicto interno que no puede integrar en su vida consciente.

#### 6. Goce clandestino y el despertar del deseo en la pubertad: a partir de un cuento de Clarice Lispector

Para finalizar, realizaré una articulación teórica con el cuento *Felicidad clandestina* de Lispector (2011), autora brasileña del siglo XX, reconocida por su enfoque introspectivo y su profunda exploración de la experiencia humana. Pérez (2016), en su análisis psicoanalítico, resalta cómo la cotidianeidad de los personajes de Lispector se convierte en un espacio donde se confrontan con las cuestiones esenciales de la existencia.

Lispector (2011) en *Felicidad clandestina*, nos presenta a una niña al borde de la pubertad que vive una situación aparentemente trivial: el deseo por un libro. Sin embargo, lo que en apariencia es una simple interacción entre dos niñas, pronto se transforma en una escena cargada de espera, deseo y frustración, elementos clave en el proceso de crecimiento y confrontación con lo Real durante la pubertad.

Todo esto se vincula con lo mencionado anteriormente sobre Gide, ya que exploran la tensión entre lo oculto y lo manifiesto, entre lo deseado y lo temido. En ambos casos lo clandestino se convierte en un espacio de conflicto entre el deseo y las normas sociales, donde lo prohibido actúa como un motor creativo. Así, "Felicidad clandestina" (Lispector, 2011) no es solo un relato sobre la pubertad, sino un escenario donde lo cotidiano se transforma en una vía para investigar los misterios del deseo y la subjetividad. La creación artística y literaria de ambos autores juega con esta dualidad, revelando las tensiones entre lo visible e invisible, lo permitido y lo prohibido. En última instancia, lo clandestino se configura no solo como una vivencia personal, sino como una herramienta para desentrañar la compleja relación entre el deseo y la estructura social que lo regula.

El relato (Lispector, 2011) presenta un conflicto corporal donde el personaje principal observa a una joven "gorda, baja, pecosa y de cabello excesivamente crespo, medio pelirrojo, con un busto enorme, mientras que todas nosotras todavía éramos chatas" (p. 7). La corporalidad de la joven simboliza una fractura entre ella y el grupo, reflejando cómo, en la pubertad, el cuerpo se convierte en un territorio difícil de asimilar (Pérez, 2016). Este conflicto se profundiza cuando la protagonista señala que esta "llenaba los dos bolsillos de la blusa, por encima del busto, con caramelos" (Lispector, 2011, p. 7), un gesto que revela su relación particular con su cuerpo, mediada tanto por lo material (los caramelos) como por lo simbólico (sobre el busto). Este acto, aparentemente inocente, apunta a una experiencia de corporalidad en transformación, que la protagonista observa con un deseo de poseer lo

que la joven tiene. Este deseo evoca las ideas de Lacan (2009) sobre la identificación con el otro, donde el sujeto se define en relación con lo que el otro posee y él no.

Pérez (2023) introduce las categorías de "cuerpo extraño" y "cuerpo migrante" para explorar la alterización en la experiencia migratoria. El "cuerpo extraño" describe la sensación del migrante de percibir su cuerpo como ajeno, mientras que el "cuerpo migrante" refleja las transformaciones por los desplazamientos y cambios culturales. Estos conceptos muestran cómo la migración redefine la relación del sujeto con su corporeidad, abarcando dimensiones subjetivas y físicas. Esta alterización se asemeja a la experiencia del púber, quien enfrenta un cuerpo que se vuelve extraño. Tanto en la migración como en la pubertad, el cuerpo, aunque propio, puede sentirse ajeno, lo que implica un desajuste y la necesidad de reconstruir la relación con uno mismo y con la manera de habitar ese cuerpo. Este proceso obliga a una resignificación, no solo del cuerpo en sí, sino también de la forma de ser y de estar en él, adaptándose a una nueva posición ante el mundo.

La autora (Pérez, 2023) desarrolla la idea de transformación mediante la metáfora de la metamorfosis, la cual se relaciona con la noción del púber como alguien que "no es del todo". Se encuentra en un estado de transición, casi de "migración" entre la infancia y la adultez, lo que lo sitúa en una posición de incompletitud. Ya no pertenece del todo al territorio de la infancia, pero tampoco al de los adultos, quedando en un espacio intermedio, suspendido entre ambos. Esta condición es crucial para el púber y el migrante, ya que ambos atraviesan un proceso de búsqueda y redefinición. Ambos dejan atrás un estado sin haber llegado aún a otro, lo que genera desarraigo e inestabilidad. Pérez (2023) señala que esta experiencia compartida de incompletitud y cambio abre un espacio de incertidumbre y vulnerabilidad, donde el sujeto está en constante movimiento hacia la construcción de un nuevo sentido de sí mismo.

En su relato, la protagonista expresa: "Pero tenía lo que a cualquier niño devorador de historias le gustaría tener: un padre librero. Lo aprovechaba poco. Y nosotras, menos todavía" (Lispector, 2011, p. 7). Con estas palabras, revela su sentimiento de que la otra niña posee algo que ella anhela y siente que le falta. Al cuestionar a la otra niña por no valorar lo que tiene, su crítica no se limita a lo material, como los libros, sino que también explora la forma en que la otra niña vive su cuerpo y su deseo. Este deseo la enfrenta a su propio goce y la invita a reflexionar sobre sí misma.

En la pubertad, se produce lo que Freud describe como un "segundo despertar sexual" (1905/1986), un momento en que el sujeto experimenta transformaciones en su cuerpo y un goce que se vuelve más complejo y difícil de expresar. Este cuestionamiento sugiere que el goce del cuerpo en esta etapa no es sencillo ni directo. Además, el anhelo de un padre librero refleja la comparación que la protagonista hace con su propia vida, sugiriendo una sensación de carencia o una fantasía. Esto se conecta con el proceso

descrito por Freud (1914/1976), donde el adolescente compara a sus padres con otras figuras, atraviesa el duelo por la imagen idealizada de la infancia y busca nuevos referentes, ajustando sus expectativas y cuestionando la autoridad parental.

Lo que comenzó como una conversación casual tomó un rumbo distinto cuando la joven, con aparente despreocupación, mencionó que tenía en su poder *Las travesuras de Naricita* de Monteiro Lobato, un libro que la protagonista anhelaba con fervor. “Era un libro gordo, Dios mío, era un libro para vivir con él, comiéndolo y haciéndolo dormir. Y absolutamente por encima de mis posibilidades. Me dijo que pasara por su casa al día siguiente y que me lo prestaría” (Lispector, 2011, p. 8). A partir de ese instante, se forjó una relación de poder, donde el libro se transformó en un objeto prometido, pero siempre fuera de su alcance.

Al día siguiente, cuando la protagonista fue a buscar el libro, la niña mirándola directamente a los ojos, le negó la entrada a su casa y le informó que ya había prestado el libro: “Ella no vivía en una casa de altos como yo, sino en una casa. No me invitó a pasar. Mirándome a los ojos, me dijo que le había prestado el libro a otra niña” (Lispector, 2011, p. 8). Este rechazo refuerza la sensación de exclusión de la protagonista, simbolizando el acceso negado a lo que más anhela, intensificando su frustración y dejándola al margen de un deseo inalcanzable.

La tortura continuó con la promesa del “día siguiente”, donde la protagonista volvía cada día a la puerta de la niña, solo para escuchar que el libro aún no estaba disponible: “Entonces yo no sabía que más tarde, en el transcurso de la vida, aquel drama del “día siguiente” con ella se repetiría, con mi corazón latiendo fuerte” (Lispector, 2011, p. 8). Esta espera constante alimentaba su fantasía de que, al tener el libro, se acercaría a una versión idealizada de sí misma.

Impulsada por un deseo casi obsesivo, regresaba cada día, solo para enfrentar nuevas excusas. La otra niña, consciente de su poder, disfrutaba prolongando la espera, convirtiendo la relación en un juego de poder. Como señala Pérez (2016), el libro se convierte en un objeto de deseo que la protagonista persigue incansablemente, donde el goce surge precisamente de la espera y la expectativa, haciendo de la ausencia el motor del deseo. El aplazamiento constante transforma al libro en un significante cargado de fantasías, mucho más que un simple objeto. Siguiendo la perspectiva de Lacan, el deseo nunca se satisface plenamente con la obtención, sino que el verdadero goce surge de la permanencia de la falta. En este caso, el libro simboliza esa falta, y la relación de poder entre las niñas gira en torno a ello, ya que la protagonista no solo anhela el libro, sino lo que este representa: una promesa de completitud que nunca se cumple. Así, la postergación perpetúa la fantasía y alimenta el deseo a través de la frustración (Pérez, 2016).

“Hasta que un día, cuando estaba en la puerta de su casa oyendo, humilde y silenciosa, su negativa, apareció su madre” (Lispector, 2011, p.9). La intervención de la madre rompe la dinámica, forzando a la niña a prestar el libro. Curiosamente, la madre es la única sorprendida al descubrir que su hija siempre tuvo el libro, lo que sugiere que la protagonista tampoco sabía cómo manejar la situación si finalmente lo conseguía. Ella había descrito el libro como “por encima de mis posibilidades” (Lispector, 2011, p.8), lo que convierte su ausencia en una especie de “beneficio secundario”. Según la definición de Laplanche y Pontalis (2004) este beneficio se refiere a la gratificación que el sujeto obtiene de una situación, más allá del deseo inicial, y puede explicar por qué la protagonista se aferraba a la espera.

El aplazamiento del libro ofrecía a la protagonista una satisfacción infantil que desaparece al obtenerlo. Freud (1905/1986) describe la pubertad como un “túnel”, un momento de espera, donde el deseo no siempre se acompaña de la capacidad para manejar lo deseado. Así, la protagonista enfrenta la paradoja de “tenerlo, pero no saber usarlo”, reflejando la experiencia puberal. Lacan (2012) lo describe con su noción de “la no relación sexual”, que alude a la dificultad del sujeto para enfrentar el despertar sexual y la complejidad de las relaciones. Al obtener el libro, la protagonista podría gozar como mujer, pero no sabe cómo. El libro, al volverse accesible, revela su incompletud y la dificultad de relacionarse con lo anhelado, tal como ocurre en la transición a la adultez, donde se “tiene” el cuerpo, pero aún no se sabe cómo habitarlo.

Cuando la protagonista finalmente tiene el libro, no experimenta la explosión de felicidad que imaginaba. En lugar de sumergirse de inmediato en la lectura, dilata el momento, creando “obstáculos falsos” para postergar esa “felicidad clandestina” (Lispector, 2011, p. 10). Finge ignorar dónde lo guardó, lo abre y cierra, extendiendo el instante de posesión. El verdadero goce no radica en la mera tenencia del libro, sino en el intervalo entre el deseo y su consumación. Pérez (2016) señala que, desde una perspectiva psicoanalítica, este proceso revela la transición psíquica de la niña: un desplazamiento del deseo por un objeto material hacia un goce vinculado con el erotismo. En la narración de Lispector, el placer nace del espacio entre el anhelo y su satisfacción, de la angustia y la dulzura de esperar.

El libro, tan anhelado por la protagonista, se convierte en *Das Ding*, “la Cosa”, ese objeto que permanece fuera de su alcance y encarna un goce inefable y opaco (Pérez, 2023). La otra niña, al retener el libro y posponer su entrega, sitúa a la protagonista frente a un deseo insatisfecho, que se experimenta como inalcanzable, siempre “más allá” (Chemama, 1996). Este juego entre la promesa y la demora establece una dinámica de poder, donde el libro trasciende su condición de objeto de deseo para convertirse en la

metáfora del goce femenino: ese goce que, según Lacan, escapa a las reglas fálicas de la satisfacción (Chemama, 1996).

La satisfacción de la protagonista no reside en la posesión del libro, sino en la distancia que mantiene vivo el misterio y la expectativa. Para ella, la felicidad es siempre "clandestina", íntima y secreta, una satisfacción que nunca se completa, siempre oculta y fuera de su alcance. Al obtener el libro retrasa su lectura, deleitándose en la anticipación, un estado que describe como "éxtasis purísimo" (Lispector, 2011, p.10). En este acto, se desprende de la infancia y se convierte simbólicamente en "una mujer con su amante" (Lispector, 2011, p. 10), revelando su metamorfosis interna.

La espera, que al principio le generó frustración, también le brindó tiempo para acceder a una forma más compleja de goce. Pérez (2016) sugiere que la protagonista, inicialmente una niña ansiosa por un libro, se convierte, a lo largo del relato, en una figura más madura, donde el goce erótico comienza a emerger. Este tiempo de espera y frustración la llevó a descubrir un goce que trasciende la satisfacción inmediata del deseo, una experiencia más profunda y enigmática, alineada con lo que Lacan denomina el goce femenino no-todo (Chemama, 1996).

El cuento de Lispector, bajo el análisis de Pérez (2016), no se limita a narrar el deseo por un libro, sino que explora la configuración del goce en la pubertad. Es una etapa en la que el cuerpo, el deseo y la falta se entrelazan de manera compleja. La felicidad es siempre "clandestina" porque está mediada por la imposibilidad de su realización completa. El goce se encuentra en la espera, en la fantasía de lo que está por venir, pero nunca se cumple del todo.

Podemos pensar la pubertad como una etapa "clandestina", un espacio sin lugar definido, donde el púber ya no es un niño, pero aún no ha alcanzado la adultez, quedando atrapado en un "no lugar" entre ambos estados. Este período de transición está marcado por la incertidumbre y la búsqueda, lo que refleja la ambigüedad de su posición ante los demás.

## 7. Tiempo de concluir

En *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*, Lacan (2009) ilustra los tiempos lógicos a través de un problema de lógica en el que tres prisioneros deben deducir el color del disco que llevan observando los discos de los demás. Primero, en el "instante de ver", cada prisionero observa sin poder concluir nada. Luego, en el "tiempo para comprender", reflexionan y construyen hipótesis sobre lo que los otros podrían deducir. Finalmente, en el "momento de concluir", cada uno toma acción basándose en la certeza lógica: al ver que los otros no se adelantan, infieren que su propio disco es blanco.

El recorrido para la elaboración de este trabajo final de grado puede pensarse a través de los tres tiempos lógicos que describe Lacan (2009). Inicialmente, en el "instante de ver", comencé explorando mis dudas sobre la pubertad desde el psicoanálisis, intentando comprender las ideas de Freud, Lacan y otros autores sobre las transformaciones corporales y psíquicas de este período. Fue un largo tiempo marcado por la curiosidad, el descubrimiento y, a la vez, una gran perplejidad.

Este primer instante me llevó a un "tiempo para comprender" en el que, con el apoyo de compañeros y docentes, profundicé en ideas y teorías, poniendo en duda lo aprendido a medida que surgían nuevas preguntas. En este proceso, el acompañamiento de mi tutora, junto con el sostén de mi pareja, familia y amigos, fue fundamental para enfrentar los desafíos que aparecían. Este momento refleja lo que Lacan (2009) describe sobre la importancia del colectivo en la construcción del pensamiento: la certeza no es únicamente personal, sino que se enriquece y valida en la interacción con los otros, quienes brindan el reconocimiento y apoyo necesarios para avanzar en la reflexión y comprensión.

Finalmente, este trabajo representa el "momento de concluir" (Lacan, 2009), donde cristalicé lo aprendido: la pubertad como un proceso transformador en el que lo Real irrumpe, llevando al sujeto a atravesar duelos y resignificaciones, en la búsqueda de un nuevo lugar en la estructura simbólica y en su relación con los otros y el Otro. Aquí, literatura y psicoanálisis se unen como herramientas complementarias que permiten acercarnos a las experiencias y metamorfosis propias de esta etapa. Este trabajo refleja el proceso de comprensión alcanzado gracias a la orientación y apoyo de quienes me acompañaron en este trayecto. Siguiendo a Lacan, esta certeza se presenta como un punto de llegada donde convergen mi esfuerzo personal y el respaldo colectivo, convirtiendo el conocimiento en un logro compartido.

Lo que busco que perdure de este trabajo es la idea de la pubertad como un tiempo de profundas transformaciones, entendida en plural, ya que cada sujeto la atraviesa de manera singular y única, convirtiendo este proceso en algo profundamente diverso y subjetivo. Lacan (2012), en el prefacio de *El despertar de la primavera*, describe esta etapa como una confrontación inevitable con el cuerpo, en la que el goce y la sexualidad producen una fisura en lo Real, reconfigurando los vínculos y el lugar del sujeto en la estructura simbólica. Para Flesler (2011), en el desarrollo subjetivo, importan más los "tiempos" estructurales que atraviesa el sujeto que su edad cronológica, predominando en la pubertad el registro de lo Real, donde el goce y las transformaciones corporales son difíciles de simbolizar. Este proceso demanda dejar atrás satisfacciones infantiles y abrirse a la sexualidad adulta, impulsando el deseo y proyectando la falta hacia el Otro a través de los agujeros corporales.

Freud (1905/1986) describe este momento como “la perforación de un túnel desde sus dos extremos” (p. 189). Para construir un túnel transitable, se comienza a excavar desde ambos extremos simultáneamente, con la intención de que los dos agujeros se encuentren en un punto bajo tierra; solo así el túnel queda completo y listo para ser utilizado. Este encuentro en el centro es crucial, ya que si no coinciden, no sería posible transitar de manera continua. Así, la pubertad puede entenderse como un tiempo de espera y transición: aunque el sujeto se encuentra en un cuerpo sexualizado, aún atraviesa un proceso psíquico que requiere tiempo. La metáfora simboliza la espera necesaria, en la que la corriente tierna de la infancia y la recién emergente sexualidad comienzan a entrelazarse, exigiendo del sujeto un trabajo interno de asimilación y resignificación. Aunque el cuerpo se transforme, esto no implica una puesta en acto de la sexualidad ni un encuentro inmediato con el Otro.

Freud (1895/1976) sugiere que, la sexualidad está presente desde el inicio en los sujetos, pero adquiere un nuevo significado con el segundo despertar que se produce durante la pubertad. Antes de la pubertad, las experiencias corporales, especialmente las sexuales, carecen de un impacto significativo en la formación del pensamiento y la percepción del sujeto. Es en la pubertad cuando estas sensaciones adquieren “consciencia”. Hasta que el aparato perceptivo no esté “maduro” (lo que sucede durante o después de la pubertad), estas experiencias corporales permanecen incomprensibles para el sujeto, aguardando futuros procesos psíquicos que puedan simbolizarlas y darles significado.

Freud también plantea la evolución del deseo mediante la "elección de objeto" en dos fases: una en la infancia y otra en la pubertad, cuando el deseo se desplaza de los padres hacia otras personas. Así, la pubertad y adolescencia se convierten en un momento de búsqueda de nuevos referentes y vínculos fuera del núcleo familiar (Freud, 1914/1976). En la pubertad/adolescencia, el sujeto enfrenta la tensión entre el deseo de ser (identificaciones) y el deseo de tener (elección de objeto), al reorientar su deseo.

Para Lacan (2012), el despertar sexual introduce un goce éxtimo: un placer ajeno y difícil de integrar en la experiencia subjetiva. En la pubertad, el goce trasciende el mero placer y ocupa un lugar en los límites del cuerpo en su relación con el Otro, desbordando el principio de placer y adentrándose en lo enigmático e incluso doloroso (Chemama, 1996). Este goce, mediado por el lenguaje y el orden simbólico, transforma el cuerpo del púber en un espacio de tensión entre pulsión y falta, donde la imposibilidad de una satisfacción plena deja huellas en la sexualidad y en los vínculos con el Otro (Gil, 1995).

El cuerpo físico actúa como un puente entre lo somático y lo psíquico en la construcción de la subjetividad y el deseo. En este proceso, Lacan muestra cómo los objetos pulsionales, como la voz y la mirada, estructuran esta relación mediante el lenguaje

y el Otro (Pérez, 2023). El deseo del sujeto se configura en función de lo que percibe del deseo del Otro, enfrentándose a la falta que este representa, lo cual define tanto su deseo como su autopercepción (Chemama, 1996).

Durante la pubertad, esta relación entre cuerpo, pulsión y falta se intensifica, enfrentando al sujeto con estas tensiones de manera directa. Así, el cuerpo emerge no solo como fuente de goce, sino también como un límite, movilizándolo la estructura del deseo y las formas en que el adolescente maneja su sexualidad y las relaciones con los otros y el Otro, en un proceso continuo de resignificación y adaptación. De estas transformaciones propias de la pubertad, surge el tiempo lógico de la adolescencia: un proceso más prolongado y complejo que, aunque depende de la pubertad, no se limita a ella.

En esta línea, Stevens (2019) plantea que la adolescencia se presenta como el síntoma de la pubertad. Para él, la adolescencia representa un abanico de respuestas posibles ante el "imposible" que aparece con la irrupción de un real propio de la pubertad. En este sentido, la pubertad confronta al sujeto con una realidad que desafía los límites de lo simbólico, algo que inicialmente se presenta como inasimilable o difícil de significar. Sin embargo, en la adolescencia, el sujeto comienza a configurar este "imposible," explorando modos de integrarlo en su experiencia y transformándolo en un campo de nuevas posibilidades y respuestas.

Como último punto de este trabajo se presentan algunas preguntas y cuestionamientos que no lograron ser abordados, pero que abren posibles caminos para investigaciones futuras.

¿Cómo influyen las diferencias entre el goce fálico y el goce femenino en la construcción del deseo en púberes/adolescentes? ¿Presenta el goce femenino, con su relación al "no-todo" simbólico, desafíos específicos en la formación del deseo y en la transición hacia la adultez?

Frente a la disparidad entre el crecimiento del cuerpo y la capacidad de representación psíquica:

¿Cuáles son los factores familiares y contextuales que favorecen o dificultan el proceso de transformación en los púberes? ¿De qué manera impacta la ambigüedad en el discurso del Otro sobre este proceso de cambio? Aquí se cuestiona cómo el entorno familiar y social puede tanto favorecer como dificultar los cambios físicos y psíquicos en los púberes, en un momento de por sí vulnerable para ellos.

¿Cómo impacta la mirada del otro (padres, pares y figuras significativas) en la formación de la imagen del yo y la imagen corporal durante la pubertad, y qué diferencias se observan en culturas que asignan distintos grados de importancia a esta mirada? Esta pregunta busca entender el papel de la mirada del otro y el Otro en la construcción de la imagen del yo y cómo el contexto cultural modula esta influencia en la experiencia puberal.

¿Qué papel juegan las redes sociales y el grupo de pares en la construcción de las identificaciones de los púberes/adolescentes? ¿En qué casos esta influencia resulta estructurante y cuándo podría generar conflicto? Se examina el impacto de las redes sociales y los pares tienen en los jóvenes y sus corporalidades, destacando cuándo estas influencias pueden ser beneficiosas y en qué contextos pueden llevar a conflictos.

## Referencias

Calligaris, C. (2000). *A adolescência*. São Paulo: Publifolha. (Folha explica).

Chemama, R. (1996). *Diccionario del psicoanálisis* (T. P. Lecman, Trad.). Amorrortu Editores. (Edición original publicada en 1995).

Fernández, F. (2021). La adolescencia: Un tiempo instituyente. *Revista Repique*, (6), pp. 7-8. Recuperado de <https://www.glm-uy.org/revista-repique/006/revista-repique-6.pdf>

- Flesler, A. (2011). *El niño en análisis y las intervenciones del analista*. Paidós.
- Freud, S. (1976). La sexualidad en la etiología de las neurosis. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 3, pp. 251-257). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1898).
- Freud, S. (1976). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). Tres ensayos de teoría sexual y otras obras (1901-1905). En J. Strachey (Ed. y Trad.), *Obras completas* (Vol. 7). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Freud, S. (1976). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 11, pp. 155-168). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1910).
- Freud, S. (1991). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 13, pp. 1-164). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1913).
- Freud, S. (1976). Psicología de las masas y análisis del yo. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas* (Vol. 18, pp. 63-137). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1921).
- Freud, S. (1976). La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 19, pp. 141-145). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1923).
- Freud, S. (1976). Proyecto de psicología (1950 [1895]). En J. L. Etcheverry (Trad.), *Obras completas* (Vol. 1, pp. 339-441). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1895).
- Freud, S. (1979). Sobre la psicología del colegial (1914). En J. Strachey (Ed. y Trad.), *Obras completas* (Vol. 13, pp. 243-265). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1914).
- García, S. (2018). Desamparo: «Acontecimiento» y repetición. Après coup en transferencia. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (127), 25-96.  
<https://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/101/81>
- Gil, D. (1995). *El yo herido: Escritos en torno al yo y al narcisismo*. Ediciones Trilce. (pp. 38-39).

- Gregoret, B. (2018). Adolescencia: el cuerpo y su metamorfosis. *Virtualia*, (35). Recuperado de <https://www.revistavirtualia.com/articulos/815/lecturas-de-lo-contemporaneo-actualidad-de-la-clinica/adolescencia-el-cuerpo-y-su-metamorfosis>
- Lacan, J. (2009). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. En J. D. Nasio (Colab.), T. Segovia y A. Suárez (Trads.), *Escritos I* (3.ª ed. rev. y corr., pp. 193-208). Siglo XXI.
- Lacan, J. (2009). Juventud de Gide o la letra y el deseo. En T. Segovia, J. D. Nasio, & A. Suárez (Trads.), *Escritos 2* (pp. 703-726). Siglo XXI Editores. (Trabajo original publicado en 1958).
- Lacan, J. (1996). La niña y el falo. En *Las formaciones del inconsciente. El seminario, libro 5* (pp. 277-294). Paidós.
- Lacan, J. (2012). Prefacio a El despertar de la primavera. En G. Esperanza, G. Trobas, S. Tendlarz, V. Palomera, M. Álvarez, J. L. Delmont-Mauri, J. Sucre, & A. Vicens (Trads.), *Otros escritos* (pp. 587-591). Paidós. (Trabajo original publicado en 2001).
- Laplanche, J., & Pontalis, J. B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis* (F. Gimeno Cervantes, Trad.). Paidós.
- Lispector, C. (2011). *Felicidad clandestina* (T. Arijón y B. Belloc, Trads.). El cuenco de plata. (Trabajo original publicado en 1971).
- Miate, L. (2023, julio 26). Fedra. *World History Encyclopedia*. <https://www.worldhistory.org/trans/es/1-17597/fedra/>
- Nasio, J. D. (1996). *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis* (G. Klein, Trad.). Gedisa Editorial. (Trabajo original publicado en 1988).
- Otero, T. (2018). El caso Gide y el fracaso del ideal del yo en la perversión. *X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XXV Jornadas de Investigación, XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR, Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires*. <https://www.aacademica.org/000-122/502>
- Pernicone, A. (2019). Pubertad y adolescencia en el psicoanálisis: Despertar y escribir del joven Sigismund Schlomo Freud. *Fort-Da*, (13). <https://www.fort-da.org/fort-da13/stevens.htm>

- Pérez, V. (2016). Felicidad clandestina: Sujeto, objeto y goce en la obra de Clarice Lispector. *Revista uruguaya de Psicoanálisis*, 122(1), 31-38.  
<http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/229/199>
- Pérez, V. (2023.). *Cuerpo y alteridad en relatos de sujetos migrantes provenientes de América del Sur y el Caribe residentes en la ciudad de Montevideo*. Tesis de doctorado. Universidad de la República (Uruguay). Facultad de Psicología. Colibrí. <https://hdl.handle.net/20.500.12008/44603>
- Rassial, J. J. (1999). *El pasaje adolescente: De la familia al vínculo social* (E. Rippa, Trad.). Ediciones del Serbal. (Trabajo original publicado en 1996).
- Rother, H. M. C. (Comp.). (2006). *Adolescencias: Trayectorias turbulentas* (2ª reimp.). Paidós.
- Soria, N. (2017). *Melancolía y perversión en André Gide*. En *Revista de la Cátedra II de Psicopatología, ANCLA 7 - "Locuras y perversiones II"*. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Recuperado de <https://psicopatologia2.org/ancla/Ediciones/007/index.php?file=Elucidaciones/Melancolia-y-perversion-en-Andre-Gide.html>
- Stevens, A. (2019). La adolescencia, síntoma de la pubertad. *Fort-Da*, (13). <https://www.fort-da.org/fort-da13/stevens.htm>